

CLAUDIA CASANOVA

HISTORIA
DE
UNA
FLOR

NOVELA

B

A detailed botanical illustration of a plant, possibly a species of Ranunculus, featuring several thin, upright stems. The stems are adorned with clusters of small, five-petaled white flowers with prominent yellow centers. The leaves are green and deeply lobed, resembling a parsley-like structure. The entire plant is rendered with fine lines and soft shading, giving it a delicate and scientific appearance. The illustration is centered on the page, with the text overlaid on it.

HISTORIA DE UNA FLOR

Claudia Casanova



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para JER, siempre

Adentrémonos en el paseo más breve con el mismo espíritu con el que emprendemos una aventura inmortal, como si jamás hubiéramos de regresar.

HENRY DAVID THOREAU

La vida no es fácil para ninguna de nosotras. ¿Y qué importa? Debemos perseverar y, por encima de todo, tener confianza en nosotras mismas.

MARIE CURIE

El amor es una maravillosa flor, pero es necesario tener el valor de ir a buscarla al borde de un terrible precipicio.

STENDHAL, *Del amor* (1822)

saxífraga

Lección de la saxífraga:

florecer

entre piedras,

atreverse.

IDA VITALE

1

La novia



15 de octubre de 1888

El ramo de la novia espera encima de la mesa. Todo está en silencio. Desde la ventana, las colinas dibujan un mantel de colores en el horizonte. Hace años que Alba miró ese paisaje por primera vez, y lo que entonces era nieve hoy es un valle de flores azules y amarillas, un vestido sencillo para una tierra que jamás olvidará. Por eso ha querido casarse aquí, a pesar de que su futuro marido ya tiene la plaza de juez en Mérida. Y también por las razones que están encerradas en su corazón, las que no podrá decir jamás. Contempla los valles que nunca se cansó de recorrer, y su mirada se detiene en Valcabriel, en la sierra de Albarracín. La flor blanca. El ramo en sus manos, enfundadas en delicados guantes de hilo. *Saxifraga alba*.

—¿No querrás rosas, hija? —había preguntado su padre.

—Las rosas son para las fiestas —respondió Alba.

—¿Y tu boda no es una fiesta? —dijo él.

Su madre no habría hecho esa pregunta, pero Mercedes de Cararach estaba muerta y el mundo había cambiado cuando ella se fue. «Ya no tengo madre», se repetía Alba el día de su entierro. Como si quisiera convencerse, porque fuera demasiado difícil creer que ya no estuviera allí. Todas las ausencias necesitan rubricarse, o se quedan en simples vacíos.

Llaman a la puerta; debe de ser su padre para acompañarla a la iglesia. Pero no, el sol aún no toca la mitad del cielo: es demasiado pronto. La novia se da la vuelta. Una muchachita espera en el umbral de la puerta. Es una criada, más bien una niña, que se inclina impresionada al verla como si

estuviera frente a la mismísima reina María Cristina. Y no es para menos: la belleza tranquila de Alba Ruiz de Peñafiel parece hecha a medida para el día de hoy. Lleva un vestido de seda de color blanco crudo que ha levantado revuelo en el pueblo, porque la tradición mandaba que el traje fuera negro. La modista que su padre hizo traer de Madrid insistió en que la reina inglesa se había vestido de blanco, y que eso lo cambiaba todo. La mantilla es la única prenda que atenúa la insolencia del blanco: es de brocado plateado, como corresponde. Esta mañana, Alba se ha dejado vestir sin mirar dos veces las telas exquisitas.

—Han traído esto para usted, señora —dice la chiquilla, y deja una bolsita de terciopelo encima de la mesa antes de volver a inclinarse y desaparecer.

Alba deja el ramo con cuidado encima de la mesita y se quita el guante de la mano derecha para acariciar el terciopelo negro de la bolsa. Hay un objeto metálico dentro, del tamaño de una almendra. En el terciopelo hay un bordado de oro, unas líneas sencillas en forma de flor. Las recorre lentamente. Le tiemblan los dedos al deshacer el nudo de la bolsa. El tacto del terciopelo tiene recuerdos que se despiertan sin que ella pueda evitarlo. «Jamás había visto un chaleco de terciopelo», dijo una vez. Traga saliva, porque sin darse cuenta ha susurrado la frase sin voz, sus labios han repetido las palabras como si al conjurar la frase también pudiera convocarlo a él. El pequeño óvalo resplandece bajo los rayos del sol. Es de plata, tan pulida como si fuera un espejo, y ahora se tiñe del color de rosa de sus yemas desnudas. Un medallón con una flor grabada, una flor sencilla como las que reposan en la mesita. Como el bordado de oro. *Saxifraga alba*. «Blanca, como tu piel», las palabras resuenan en sus oídos como si los labios de él se posaran allí.

En el medallón hay un diminuto cierre, que se abre con un chasquido suave cuando Alba lo empuja. Y allí están sus ojos, aunque la fotografía está en blanco y negro y los de él eran del color azul oscuro que tiene el mar cuando

viene tormenta. La plata en la palma de la mano le quema la piel igual que la imagen diminuta que la mira desde el medallón. No puede dejar de mirar. Ni siquiera a través de las lágrimas que anegan sus ojos, que se deslizan por sus mejillas, que manchan la preciosa seda del cuello de su vestido de novia. Todas las barreras que había construido se derrumban. De la bolsa cae un rectángulo de papel, doblado cuidadosamente, fino como el que su padre hace traer del extranjero, fabricado por maestros italianos, para firmar los contratos importantes. En el interior se vislumbran hileras de letra apretada, escritas con pulcritud. Es la última carta de Heinrich Willkomm.

La planta baja del caserón de la familia está llena de invitados que esperan la aparición de la novia, y sube el rumor de sus conversaciones como el zumbido de las abejas de aquel verano.

2

Teruel



Invierno de 1875

Teruel está cubierto con un manto blanco, y la muralla lo corta con sus dientes de piedra. La muchacha respira profundamente el aire helado y puro, y estira brazos y piernas, anquilosados después del largo viaje. Es el primer invierno que pasan allí, y el cielo los recibe con un gris profundo vetado de mármol. El resto de la familia baja del carruaje con lentitud, como un ciempiés adormilado. Su madre no tarda en amonestarla:

—¡Alba! Esa postura no es de señorita.

La joven se encoge de hombros, porque sabe que es verdad y también porque es una batalla perdida. Se acuclilla frente a un arbusto, con las faldas recogidas y los tobillos expuestos, y su corpiño aflojado porque era eso o no poder inclinarse para observar las curiosas hojas de la planta que ha atraído su atención. A Alba no le preocupa demasiado su aspecto. De hecho, su polisón yace abandonado en el asiento del carruaje. Cuando su hermana desciende del carruaje se lo tiende, burlona.

—Te has olvidado algo.

—No me distraigas, Luisa —murmura Alba sin dejar de observar la planta. Estira la mano con suma delicadeza y separa un tallo del resto, y lo guarda en su bolso bordado.

—Otro bolso que echas a perder. Todos los ensucias de barro —dice su hermana, dándole un codazo afectuoso. Alba levanta la vista y sonrío.

—Vaya quién fue a hablar —dice, señalando los dedos manchados de tinta

de la otra. Luisa hunde las manos en el montón de nieve para limpiarlas. El azul tiñe ligeramente la nieve.

—¡Luisa! ¿Cómo se te ocurre? —La madre se abalanza sobre ella, y le seca las manos rápidamente con sus propias faldas hasta enrojecerlas—. Si pillas frío, nos pasaremos semanas quitándote la tos del pecho, hija.

Luisa se mira los pies, cabizbaja.

A Mercedes no le gusta recordarle su fragilidad.

No quiere privarla de la vida de una niña normal.

—Vamos, niñas, o llegaremos tarde —dice.

—¿Tarde a qué? Si aquí hasta el viento sopla más lento —pregunta Alba, enderezándose, contemplando la tierra tranquila que los rodea, donde la nieve es cómplice del silencio. Un rumor desde los arbustos que orillan el camino es la única respuesta a su pregunta: es una familia de ciervos que escapa hacia el interior del bosque, atemorizados.

—Eso es porque aún no estamos cerca de las montañas. Pero en la sierra no dirías lo mismo. Además, aún tenemos que llegar a casa, y por el color del cielo —dice, levantando la vista— parece que la tarde promete tormenta. Y quiero tenerlo todo listo para cuando llegue vuestro padre.

Después de largos meses de trabajos, había llegado carta del arquitecto al que su esposo Eduardo le confió el encargo de las obras de La Solariega, la casa que se han hecho arreglar en Valdecabriel. Anunciaba que salvo últimas pinceladas, que era más apropiado dejar en manos de los dueños y en especial del gusto de la esposa de don Eduardo, el caserón ya estaba listo para acoger a la familia. Sin dilación, Mercedes había viajado con las hijas para llegar antes que su marido, pertrechada de sábanas, telas, mantas, pieles y todo cuanto pudiera precisar para vestir la casa que aún no había visto.

Mercedes sabe que su marido ama esas tierras, y que por eso solamente ya tiene la obligación de quererlas también, pero más allá de su deber como

esposa, es verdad que siente devoción por Teruel. Al contemplar las montañas pintadas de nieve no puede evitar recordar los años pasados en Austria. Allí la mandaron de joven, a un internado para señoritas, donde se educó como pocas muchachas de su tiempo. Guarda entre sus objetos más preciados los libros de gramática del alemán y del italiano, y cada vez que los abre y los recorre con la mirada, vuelve a escuchar las voces de Frau Herschmeier y de la signora Lucia, tan distintas entre sí: cálida y firme la profesora alemana, dulce y musical la de la italiana. Cada día leían fragmentos de libros y poesías, cada tarde era un festín de nombres y de sonidos: Goethe, Hölderlin, Petrarca, Dante... Y sobre todo, en aquel país fue donde aprendió a mirar el cielo y la tierra, porque allí las estaciones venían de gala, como una fiesta de la naturaleza: la primavera y el verano ataviadas de espléndidos colores, las colinas de verde brillante y los pájaros inquietos de árbol en árbol hacían olvidar los rigores del invierno, que a pesar de la nieve y del frío, envolvía el internado con un abrazo protector. La primera vez que vio a una de sus compañeras deslizarse montaña abajo con unos esquís, creyó que volaba. No tardó en aprender, ella también, a volar.

De Austria, la madre se había traído una distinción como no se había visto en mucho tiempo en el pueblo natal de Eduardo, Santa Ana del Campo: un aire de haber respirado la pureza de las montañas, y de salir indemne de las noches de tormenta. Y como en Teruel la nieve podía detener el tiempo, Mercedes de Cararach, que tanto la amaba, era respetada, como si hubiera regresado convertida en una diosa. Ninguno de los habitantes de Santa Ana ni de la vecindad de La Solariega lo hubiera formulado así, pero todos se descubrían al verla, señores y campesinos, y las damas imitaban sus vestidos lo mejor que podían. Y ella les devolvía con creces ese amor discreto. Nada más fácil para ella, en el aire helado de la sierra, que cerrar los ojos e imaginarse de nuevo con dieciocho años, envuelta de nubes, a punto de casarse con el viudo

Eduardo Ruiz de Peñafiel. Por eso, cuando las niñas crecieron y Mercedes quiso una casa en el campo, no hubo ninguna duda de dónde se instalarían.

Horas más tarde, el carruaje emprende el camino hacia la que ya todos los habitantes de la provincia conocen como «la casa de los Peñafiel». Alba saca la cabeza por la ventana y se deja besar la mejilla por el aire limpio de la sierra de Frías de Albarracín. De repente, piedra sobre piedra, emerge de entre las montañas rocosas la casa. La Solariega se yergue impresionante, un cuadrado de piedra y hierro y madera construido para aguantar el frío de los inviernos turolenses, que se mete entre los huesos como el agua entre las piedras.

—¡Es un castillo, madre! ¡Mira, mira! —exclama Alba.

Así lo hace, y Mercedes de Cararach frunce el ceño sin querer. Por un instante, la memoria fugaz del escudo de armas de la primera esposa de Eduardo se ha clavado en su retina, superpuesta a La Solariega. En un torreón de piedra como el que ahora contempla. Mercedes desliza el brazo por los hombros de Luisa, que distraída sonríe mientras sigue dibujando el perfil de las montañas. Alba contempla, fascinada, la torre. En la felicidad inconsciente de sus hijas, la madre logra ahuyentar el fantasma de la primera mujer, la que le dio dos hijos varones a su esposo. Se estremece, quizá es el frío. Lo primero que habrá que hacer, decide, es encender el hogar en todas las habitaciones. Solo el calor sirve para echar de casa a los fantasmas.

3

Dos hermanas



Las hijas que Mercedes tiene con Eduardo han heredado su amor por la naturaleza. En el valle, cuando llega la primavera, las dos hermanas van juntas a todas partes, aunque son distintas como el sol y la luna. Bajan cerca del río. Luisa se acomoda bajo un árbol y se deja mecer por el cielo con los ojos cerrados hasta que sus manos no pueden más, y entonces busca en la bolsa de cuero que contiene las pertenencias de ambas y saca su cuaderno y su lápiz, el preciado regalo que su madre le hizo cuando cumplió quince años. A veces dibuja las mariposas que se posan en las ramas cercanas, como un ladrón que estudia lo que ha de robar, antes de llevárselas en una jarra de cristal, el botín del día. Otras, cuando las mariposas no aparecen, llena el vacío con letras. Sus cuadernos terminan siempre llenos de tachones, y sus dedos manchados de tinta. La otra, Alba, se adentra con las faldas recogidas hasta los tobillos en las orillas del río Cabriel, donde el agua y el cristal se confunden, y entra y sale con la meticulosa obsesión de una abeja industriosa, acumulando encima de la sábana que se ha traído de casa tallos, flores, hojas, semillas y cualquier fruto de la tierra, para llevárselo de vuelta a La Solariega y sumarlo a su herbario. Nada es demasiado humilde, todo despierta su curiosidad. La tierra habla con Alba y ella la escucha, y así podría vivir sin despertar.

Al atardecer, cuando la chimenea devora los troncos de madera y su padre se ha encerrado en el estudio, Alba y Luisa juegan a recitar los nombres de las localidades de la provincia, de un volumen de mapas de España de la biblioteca, mientras Mercedes lee o escribe cartas a la familia.

- Valdecuencia.
- Saldón.
- Tramacastilla.
- Torres de Albarracín.
- El Vallecillo.
- Olomarde.
- ¡Pozondón!

Estallan en risas, y después Luisa ayuda a Alba, escribiendo en su cuaderno de botánica en qué zona ha encontrado las especies que ha reunido ese día: cardo de olla, que Francisca también llama cardillo, con flores agresivas, de puntas amarillas; el cardo yesquero, del que ha traído un buen puñado porque su madre dice que hervido es bueno para el dolor de cabeza; nepeta, de color violáceo y que en Girona la familia materna llama hierba de las palomas; el abrepunos, que tiene unas espinas tan duras que tiene que cortarla del tallo envolviéndose los dedos con su pañuelo; y la arenaria roja, que nada tiene de rojo, con delicadas flores de blanco y lila, y crece orgullosa en el polvo de los caminos. Más tarde, Francisca prepara una tisana de doradilla, para la tos constante de Luisa.

Esa tarde han subido a la colina, porque Alba quiere dibujar el valle entero. Han salido de buena mañana. Se nublan los rayos del sol y Luisa levanta la vista. El cielo cambia sin avisar. En lo alto de la colina asoman un puñado de cabezas, de orejas y ojos tintados de negro, como si llevaran un antifaz. Tras ellas aparecen otras tantas, hasta formar un rebaño de hasta cien cabezas, un solo cuerpo hecho del centenar de animales. Llega el rumor de sus patas trotando por los matorrales, morros hundidos en los pastos, suena un coro de cencerros aderezado por los ladridos de un perro. Una sola figura humana las

acompaña, un hombre. Se distingue la silueta de la camisa blanca, una mancha clara contra el horizonte, y la pincelada marrón de sus pantalones de trabajo. En la mano, una vara de pastor. A su lado corretean los dos perros que acompañan a las ovejas, inquietas porque el cielo se haya oscurecido. Luisa se protege la vista para tratar de distinguir sus facciones, pero el contraluz juega en su contra, y el extraño se da la vuelta con lentitud, otro pedazo de paisaje que desaparece sin dar aviso. Un ramalazo de viento trae el olor acre de los animales, la promesa de lana y de queso, de leche y de carne.

4

El ferrocarril



—Yo les aseguro, caballeros, que en menos de cinco años tendremos aquí los caminos de hierro, y que la región se convertirá en una potencia clave para el desarrollo de nuestra nación. ¡Una potencia, háganme caso!

En el Casino de Santa Ana del Campo, los vítores estallan fervientes, rebotan contra las paredes cubiertas de pinturas y tapices. Tímidamente, una o dos fotografías se erigen en símbolo de la voluntad de modernidad del pueblo. El humo de cigarros y el sabor de coñac y de sudor invaden las gargantas, y al coro de aplausos se unen toses virulentas, satisfechas. Han cenado carne de cerdo asada, y los dulces del postre se han mezclado con los licores que acompañaban al café. Todos los lujos de la vida moderna para recibir al invitado que ha venido esta noche, nada más y nada menos que desde la capital. Fernando Ruiz vuelve a tomar la palabra.

—¿Saben ustedes que ya más de una docena de capitales de provincia cuentan con ferrocarril? ¿Que la Gran Compañía Española del Camino de Hierro de Barcelona a Mataró tardó menos de tres años, ¡tres años!, en constituirse y en terminar el primer tramo de vías? ¡Es una revolución! —Aquí los mostachos y las barbas se inquietan. «Revolución» no es una palabra que despierte simpatías, después de los vaivenes que ha sufrido la patria y las noticias de agitación que llegan de las colonias—. ¡La revolución del hierro! —exclama el orador, animado, y eso parece apaciguar a los próceres, porque un recurso productivo siempre debe ser una fuerza para el bien. Los aplausos vuelven a inundar el casino.

Eduardo Ruiz de Peñafiel apura su café, que tiene un regusto amargo. El ferrocarril es necesario, bien lo sabe él que ha tenido que hacerse traer los

muebles para su casa de Santa Ana con carros y mulas. Hasta cinco hombres hicieron falta para subir la bañera hasta la planta del dormitorio.

—¿Qué opina, don Eduardo?

Quien así le ha interpelado es Antonio Conde, dueño de los dos rebaños más grandes de la región. Eduardo observa el fondo de la taza de café y responde:

—Que será espléndido, si es que sucede. No tengo que explicarle a usted lo que cuesta transportar el grano y las cabezas de ganado al puerto de Valencia: es más fácil que llegue allí un barco de Odessa antes que un transporte de grano desde la sierra de Albarracín.

—Entonces ¿no cree usted que sea posible lograrlo? ¿Por las montañas?

—No, no son las montañas el problema.

—¿Entonces?

Eduardo señala con la cabeza al orador, que ha dado por terminado su discurso y recibe las felicitaciones y las palmadas de ánimo, una tras otra, de los asistentes.

—El ferrocarril de Barcelona lo construyeron después de invertir cinco millones de duros, y a instancias de un empresario que estuvo en la construcción del de Cuba y sabía de qué iba el percal. Y en la compañía de Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza pusieron sus buenos reales los Rothschild, ni más ni menos, y contaba con el apoyo del marqués de Salamanca. ¿Y a nosotros nos ha de costar menos años poner un ferrocarril que a los grandes de España y Europa? ¿Seremos más veloces que los que tuvieron que romper el espinazo de miles de esclavos para partir la jungla y unir La Habana con las minas y los cultivos? Pues eso y no palabras es lo que precisa una empresa de ese calibre. Dice este caballero que será todo fácil y rápido. Los milagros, amigo mío, son para la Iglesia. En esta tierra, todo cuesta sangre y dinero.

—De todos modos, don Eduardo, habrá que apoyar la empresa. ¿Qué otra

cosa podemos hacer? El gobierno no mueve un dedo por nosotros.

—Lo sé, amigo Antonio, lo sé.

Y Eduardo apura su café, que tiene un regusto amargo.

5

Una iglesia



La iglesia de Santa Ana del Campo está vacía, excepto por el párroco. Es lunes, de buena mañana. Nadie sabe que ha llegado, y aún falta para la misa de doce. Se pasea por la nave lentamente, como si con cada paso midiera la fe que contienen las paredes de la iglesia. Le han dicho en el arzobispado, con semblante grave, que tardará en llegar el nuevo órgano. Sonríe, sin poder evitarlo. Le importa un comino, porque no es la música lo que le ganará el corazón de sus parroquianos. También sonríe porque en estas tierras ha nacido, y después de mucho tiempo lejos, barbilampiño, durante los que ha visto años de lluvias, de sequía, días de tormentas negras como su sotana y cielos inundados de luz, tan brillante como si la Virgen fuera a aparecerse, por fin regresa a su hogar, a Teruel. ¡Queda tanto por hacer! Qué le importa un órgano, cuando la muerte, que lleva tiempo esperándolo y que se impacienta, amenaza con no dejarle terminar su labor. Mira las valijas que el conductor ha dejado en un rincón de la sacristía. Allí se amontonan sus libros, sus herbarios, las cartas que ha recibido de toda Europa, el conocimiento y la ilusión de toda una vida.

Se acerca al sencillo escritorio en el despacho y abre el libro de cuentas de la parroquia, donde su antecesor consignó con paciencia infinita el destino de los trescientos siete mil quinientos noventa reales que, hace ya años, la reina concedió al Arzobispado de Zaragoza para reconstruir la iglesia de Santa Ana del Campo. Piedra a piedra ha renacido, lenta, tan lentamente como el aliento de un moribundo. Aquí murió el anterior sacerdote, de rodillas, incapaz de soportar el dolor, el hierro ardiente que debió sentir cuando su corazón se negó a seguir latiendo. ¿Será así su muerte? Súbita y cruel, y dejar la vida a

medias, ¡qué espanto! Es todo demasiado rápido, el tiempo huye y solo quedan las piedras, y lo que se construye con tesón, luchando siempre contra la tiranía de las horas. No le pasará lo mismo. Se acerca a las maletas y las acarrea hasta la parte residencial de la sacristía: cuenta con un dormitorio y un pequeño salón. Encima de la mesa, alguien ha dejado una jarra con vino y otra con agua, y un plato con pan y queso cubierto con un trapo de tela, para que las moscas no hagan de la comida su festín. El nuevo cura se sienta, y a pesar del cansancio, sonrío.

6

El padre Bernardo



Algo, no se supo bien qué, cambió cuando el nuevo cura llegó al pueblo. Fue como un abrir de ventanas en primavera después de un invierno de preservar trabajosamente las sábanas y los manteles con lavanda y tomillo, de rezar porque las polillas no se instalaran en los armarios.

No es jovial, ni habla demasiado. Tampoco es taciturno ni severo. El padre Bernardo es enjuto, hecho de nudos y de sonrisas desdentadas, como un viejo árbol de madera que llevara tiempo echando sus raíces en el bosque, excepto que él va allá donde lo manda su Iglesia.

Las comadres de Santa Ana del Campo trataron de adivinar si sería blando con las damas jóvenes y con las viudas, porque decían que eso delataba a un sacerdote de carne débil. Lo decían con fruición, porque no hay mejor escándalo que un hombre de Dios que cae en la tentación. Resultó que al padre Bernardo no le importaban las carnes de nadie, y menos las suyas propias: se infligía caminatas bajo un sol despiadado y recorría los caminos yendo de casa en casa para cerciorarse de que su rebaño estaba bien atendido. Fue lo primero que hizo, incluso antes de ir a ver a las familias de toda la vida. Cuando ya se levantaban voces acusándolo de revolucionario, de ser demasiado amigo de los pobres, o peor aún, enemigo de los ricos, la criada que le planchaba la ropa reveló que mantenía correspondencia regular con alguien de la nobleza. Dado que era analfabeta, le preguntaron cómo lo sabía.

—¿Qué sabrás tú de eso? Si no has visto un duque ni en pintura —se burló el tabernero.

La mujer sorbió su cerveza y chasqueó la lengua.

—Llegan sobres lacrados con membrete y sello, que huelen a gloria. Eso es

de ricachones, y no hace falta ver uno para saberlo.

—¿No serán de una mujer? —pregunta otro, y hay un coro de risas en la taberna.

—Quiá. No es perfume, que esos huelen distinto, más pesado, como si alguien te agarrara del cuello y te hiciera tragar pasta de jabón. Esas cartas huelen frescas como un prado. Un día, cuando tenga menos quehacer, os traigo una —promete la mujer, terminándose la cerveza de un trago.

7

La visita



Eduardo y Mercedes recibieron al cura para tomar un café y pastas cuando este por fin hizo la ronda de visitas por las familias de bien de la zona. El padre Bernardo se limpió las botas antes de entrar en la casona y dejó su pelliza de invierno doblada en una silla de la entrada. Exhibió una hilera de dientes desigual, y exclamó:

—Señores, ¡qué alegría conocerlos!

—Igualmente, padre —dice Eduardo educadamente.

Mercedes besa la mano del cura y se sienta. Luisa y Alba, incómodas en los vestidos de guardar que les han obligado a ponerse, están instaladas en las descalzadoras, al lado del fuego. Fruncen el ceño, cada una tratando de entretenerse y disimular al mismo tiempo su aburrimiento.

—¿Cuáles son sus planes, padre? —le pregunta Eduardo.

—¿Mis planes?

—Con respecto a la iglesia, claro está.

Como el cura lo mira extrañado, Eduardo añade:

—Me refiero a la reconstrucción de la iglesia.

—¡Ah! —dice el padre Bernardo, y vuelve a sonreír, distraído.

Mercedes baja la vista hacia su taza de café, disimulando la sorpresa que le causa el cura nuevo, tan distinto del otro, que vivía obsesionado por las cuentas y recaudar más dinero con el que seguir reconstruyendo la nave.

—Supongo que necesitará usted donativos —dice Eduardo, delicadamente.

—Pues sí, ahora que lo menciona, así es —asiente el padre Bernardo—. Pero me gustaría avisarle que no utilizaré ni un real para la iglesia. Está bien tal y como está.

—¿Entonces?

Marido y mujer intercambian una mirada de curiosidad.

—Don Eduardo, sabrá usted que en estas tierras hay poco tiempo para la educación. Estos pueblos han nacido colgando de los cerros, como la pierna de un cerdo, y así viven sus habitantes, colgando sus vidas del tiempo de los campos y del cielo.

—¿Y eso le parece mal? Su antecesor decía que todo lo que nos rodea se hace por la voluntad de Dios.

—Claro que sí, claro que sí. Pero además de los prados y los montes, los árboles y los ríos que Dios ha creado, está el hombre, ¿verdad? Su mejor creación —dice el padre, persignándose.

—Por supuesto —se apresura a decir Eduardo.

Mercedes estira la mano para dejar su taza en la mesita y oculta la sombra de reticencia que se pinta en su rostro.

—Bien. Mi intención, y espero que la comparta usted y también los demás prohombres de Monreal, es fundar una escuela. Para enseñar a los hijos de los campesinos a leer y escribir, a contar y restar, y algo de ciencias y saberes naturales. Los rudimentos, en fin.

El silencio que acompaña esta declaración tiene varios dueños: Eduardo, el primero, porque no pueden ser más distintos los dos hombres de Iglesia que han venido a cuidar del rebaño de Monreal, y porque la idea es revolucionaria; Mercedes, porque es lo último que esperaba oír; y en el rincón, las dos muchachas levantan la cabeza intrigadas. Una, sorprendida como su padre. La otra, exultante, rompe a aplaudir de pura felicidad.

—¡Alba! —trueno Eduardo, y añade—: Disculpe a mi hija, que ya tiene edad de saber cuál es su lugar en un salón. No se interrumpe a los mayores, Alba. ¿Qué se dice?

Mercedes no ha despegado los labios, pero como todas las mujeres, sabe

hablar sin decir, y las dos chicas se levantan y se acercan cabizbajas. Luisa, con curiosidad, y Alba avergonzada, pero aún con un brillo animado en la mirada.

—Lo sentimos, padre Bernardo —dicen ambas a coro.

El viejo sacerdote agita la mano y sonríe.

—No se preocupen, señoritas.

—Su institutriz tenía que haber venido con nosotros, desde Barcelona — explica Mercedes—, pero ha contraído una neumonía y se ha quedado en la casa de allí, guardando cama. Confío en que pronto podré hacer venir una sustituta desde Zaragoza. Desde que hemos llegado, están sin más que hacer que sus paseos y sus aficiones.

—A ver si llega esa sustituta pronto o nos volveremos todos locos —musita su marido.

—¿Cuáles son esas aficiones? —se interesa el padre Bernardo, para evitar una respuesta agria por parte de Mercedes, que se ha girado hacia don Eduardo.

—Alba colecciona flores, las guarda con sumo cuidado y las dibuja en su cuaderno —dice Mercedes, orgullosa—. Luisa también tiene mucha curiosidad por la naturaleza: por las mariposas, sobre todo, y también las dibuja. Y por supuesto, tocan el piano y han aprendido las lenguas modernas.

—Y escribo poesía —apostilla Luisa.

—¡Flores, mariposas y poesía! —exclama Eduardo, entre la ironía y el afecto—. Menudo par. Ya ve usted, padre. Sin duda, todo lo necesario para llevar un hogar.

—Tenga presente, don Eduardo, que la botánica es una ciencia moderna que está trayendo no poca gloria a nuestro país: grandes científicos le dedican su atención, dentro y fuera de nuestras fronteras. Yo mismo siento una gran afición por las compilaciones de herbarios. Quizá pueda traerle alguno a la

señorita Alba, y tendré mucho gusto en ver el fruto de sus investigaciones, pues eso y no otra cosa debe ser lo que atesora en su cuaderno. Les felicito, señores. La sensibilidad para con la naturaleza es un don divino —dice el padre Bernardo, con una sonrisa.

Alba mira a su madre anhelante, como si acabara de descubrir un tesoro bajo un montón de piedras. La expresión de Mercedes se dulcifica y antes de que Eduardo pueda hablar, responde:

—Es muy amable por su parte, padre Bernardo. Sería espléndido si pudiera usted dedicar unas horas a la semana de su tiempo para darles lecciones de botánica y entomología a mis hijas.

—¡Por supuesto! Será un honor, señora.

Mercedes posa la mano en el brazo de su marido, con tacto de mariposa, casi sin mover los dedos; acaba de decidir que el viejo cura será un amigo bienvenido en La Solariega. Este carraspea y prosigue:

—Volviendo a la escuela, sería algo modesto, entiéndame, don Eduardo, porque ya sé que en esta región los campesinos no pueden prescindir de sus hijos, que los necesitan para las tareas del campo. Pensaba en dar clases un par de horas a la semana. Lo suficiente para que se hagan hombres de provecho, y si alguno demuestra aptitud, quizá se puedan labrar otro porvenir.

—Es razonable —dice Eduardo—. ¿Dónde piensa dar la lección?

—En la sacristía cuento con espacio más que suficiente. Y luego, alguna que otra excursión por el valle, cuando el tiempo acompañe.

Eduardo asiente brevemente. Ya ha decidido que le ayudará: le ha impresionado la sencillez y la humildad del párroco, y su esposa Mercedes resplandece, satisfecha.

8

Una lección de botánica



El padre Bernardo cumple su palabra. Al cabo de unas semanas, aparece por La Solariega arrastrando una enorme bolsa de cuero, casi tan grande como una carretilla. La lleva colgada del hombro, y el peso hace que se tambalee ligeramente al llamar a la puerta. Abre Francisca, que no le ahorra una mirada de extrañeza pero le acompaña al salón. Cuando bajan Alba y Luisa, el viejo sacerdote ya ha depositado el contenido de la bolsa encima de la mesa: son dos tomos enormes, de tapas de cuerpo gastadas, como las riendas de una montura. Se coloca a un lado, diciendo:

—Lo prometido es deuda.

—¿Qué son esos libros? —pregunta Luisa.

—Este es un *herbarium* —explica el padre Bernardo, señalando el primero y abriéndolo—. En la Edad Media, los maestros italianos eran los que más sabían sobre botánica, y sus colecciones de plantas medicinales eran muy buscadas, porque era difícil hacerse con un ejemplar. Pero gracias a la imprenta moderna, y al descubrimiento de nuevas especies en América, lo que hace tres siglos era sabiduría a la que solo unos pocos podían acceder, hoy está a nuestro alcance. Mira, Alba: ¿recuerdas la planta de la que me hiciste llegar un dibujo?

—¿El helecho blanco? —pregunta Alba.

Había rectificado varias veces el boceto, hasta reflejar fielmente el tallo serpenteante de la planta, sus hojas estrechándose desde la base hundida en la roca, y blanqueadas conforme avanzaba al extremo de la lámina.

—Ese. Pues aquí está —señaló una hoja.

—*Asplenium fontanum*. —Alba descifra la leyenda en latín que acompaña

el dibujo—. *Asplenium* procede del nombre que durante la Edad Media se otorga a la planta, utilizada para sanar afecciones melancólicas causadas por exceso de humores negros. El nombre latín procede del griego *splen*, que designa el bazo.

—Y así son todos los nombres de esas plantas que coleccionas, ¿entiendes? Cada planta pertenece a una familia, que se llama género. Ese nombre lo inventó un científico hace un poco más de cien años. Se llamaba Carlos Linneo, y la ciencia de la botánica le debe muchísimo.

Alba escucha abrumada, y lo mira, a medio camino entre la curiosidad y el desconcierto. Piensa que ella solo colecciona plantas porque le parecen bonitas. Pero quiere saber más. Mucho más.

—Entonces, recuerda esto —continúa el párroco—: la botánica es una ciencia, hija mía. Y las ciencias se estudian, exigen nuestro tiempo y esfuerzo, y una dedicación absoluta.

La joven, intimidada, piensa que no sabe nada, que tiene mucho que aprender.

—Bueno, venga, toma el libro y ponte a leer —dice el cura—, y todo lo que no entiendas me lo preguntas, ¿de acuerdo? No te importe interrumpir una y mil veces: es así como aprenderás.

Luisa ha permanecido en silencio, esperando.

—Este es para ti —dice el padre Bernardo, y abre el segundo volumen. Es como si en el salón se hubiera encendido un sol: las imágenes pintadas entre sus páginas tienen todos los matices del cielo. Contra el fondo de crema del papel se alinean rigurosamente ordenadas una mariposa tras otra, como un pequeño ejército de colores.

Luisa estira la mano, fascinada, y antes de que formule su pregunta, el padre Bernardo explica:

—Es la *Histoire naturelle des lépidoptères ou papillons de France*, del

maestro entomólogo francés JeanBaptiste Godart. Es uno de los volúmenes más completos sobre las mariposas del país vecino.

Lo deposita encima de la mesa y dice:

—Si os parece bien, os dejaré estos dos libros para que podáis consultarlos. Y si os gusta lo que aprendéis, vuestro padre seguro que procurará que no os falten más libros de los que seguir aprendiendo. Yo vendré una vez por semana, y descubriréis una manera distinta de ver el mundo. Eso es la ciencia.

El sacerdote se instala en el sillón sin añadir ni una palabra más mientras las muchachas se vuelcan en los libros. Un mundo de maravillas se abre ante ellas. De su bolsa extrae una cajita de madera, y de allí saca una pipa de cerámica clara y boquilla gastada. La llena de tabaco, enciende la pipa y empieza a fumar. Exhala un suspiro satisfecho, como si acabara de cumplir una tarea que Dios le hubiera encargado.

9

Dos hermanos



Ocasionalmente, Eduardo recibe en La Solariega a los miembros de la futura compañía del ferrocarril, que vienen a visitarlo para trazar los planes de expansión de la empresa y para insistir en que se sume a sus esfuerzos. Los hermanos Ruiz son frecuentes visitantes. Fernando entra en la casa con zancadas hambrientas, como si quisiera marcar con su ruidoso andar que es dueño de la tierra bajo sus pies. Su hermano Ángel, en cambio, es más parecido al frío del atardecer, que se instala en los huesos sin que uno se dé cuenta. Mientras su hermano se encierra con Eduardo en el despacho, Ángel se sienta con Mercedes en el salón, y Luisa y Alba se ven obligadas a ejercer de anfitrionas, también, y dejar a un lado su paseo por el valle. Quizá por eso no pueden evitar que sus semblantes estén taciturnos. Es Mercedes quien debe darle conversación al joven.

—¿También usted es un apasionado defensor del ferrocarril, como su hermano? —pregunta Mercedes mientras le sirve una tisana de hierbas.

El joven enrojece como si le hubiera afeado algo.

—Sí, por supuesto. Pero es mi hermano quien se encarga de todo. Yo... no tengo cabeza para los negocios. Prefiero dedicarme a mis estudios.

—Por supuesto. ¿Qué estudia usted, si me permite preguntarle?

—Derecho. Voy a ser abogado.

Alba suprime un bostezo. Ángel la mira fugazmente y hunde el rostro en la taza. Mercedes mira con severidad a su hija y responde:

—Es una profesión honrada y muy digna. Le felicito.

La tarde transcurre entre pausas, cortesías y silencio, hasta que Fernando y Eduardo terminan de hablar. Sus voces graves recorren el pasillo y aparecen

los dos, el joven con el ceño fruncido. Ángel se levanta como un resorte y agradece la hospitalidad de Mercedes. Cuando se marchan, las dos hermanas cruzan una mirada aliviada.

—Llegará el día en que tendré que jugármelo al todo o nada, querida esposa —suspira Eduardo instalándose en su sillón preferido—. El futuro apremia y no tolera rezagados.

No le está pidiendo permiso, pero la dote de Mercedes sumó una bonita cifra a su fortuna. Si decide invertir, probablemente será con ese dinero. Ambos lo saben.

Mercedes asiente.

—Como tú digas, Eduardo.

—Yo jamás me casaré —susurra Luisa a su hermana, cuando las dos se retiran a dormir.

—¿Lo dices por cómo nos mira Fernando? —pregunta Alba.

—Te mira a ti.

—No importa: yo tampoco me casaré, o al menos no con alguien como él.

—Es muy callado y tranquilo.

—Parece que nada le interese, ni siquiera los planes de su hermano. Al menos Fernando siente pasión por algo. —Y añade—: No podría casarme con un hombre que no sienta curiosidad por el mundo que lo rodea. Pero ¿por qué piensas en eso ahora?

Luisa tarda un poco en responder:

—Me ha escrito Elena y dice que se casa en septiembre. Su padre se lo dijo, y le presentó al novio. Ella no le conocía, se llevan quince años.

Elena era una de las amigas que habían dejado atrás, en la ciudad. Una de

las pocas que no se apartaba cada vez que Alba y Luisa traían flores y mariposas de sus escapadas al bosque.

—Madre jamás permitiría que nos pasase algo así. Y padre tampoco —zanja Alba—. No te preocupes, hermana. Vamos a dormir.

Se oye un aullido en lo alto de la sierra.

—¿Qué es eso? —pregunta Luisa, aterrada.

—Dice Francisca que son lobos, que salen a merodear en busca de presas. Olvídalos. Estamos en nuestra casa, y aquí estamos a salvo.

En el monte, los animales siguen aullando durante toda la noche.

10

Praga



Las calles empedradas lloran en la vieja ciudad, o eso dice la leyenda, cuando la niebla cae sobre ellas. Hace frío y todo está sumergido en la blanca oscuridad, desde los puentes que hunden sus pilares en el río hasta el castillo del barrio antiguo. A pesar de eso, o tal vez precisamente azuzada por el aire que muerde a todo el que se atreve a pisar la calle, en cuanto amanece, la ciudad se despereza, agita sus brazos, y por sus venas hierve la nueva sangre urbana. Los tranvías se multiplican y los grandes edificios públicos ascienden por encima de las hileras de casas tradicionales. Ebria de proyectos, Praga renace de sus cenizas después de la terrible ocupación prusiana. Aquí un puñado de obreros colocan vías para el futuro ferrocarril, allá una torre se eleva monstruosamente. Más lejos aún flotan las esquinas desnudas de un barrio fantasmagórico, cuyos habitantes se han mudado a otro por decreto del emperador, que quiere convertir a Praga en una nueva princesa de Europa.

El hombre que contempla desde su escritorio la plaza de Wenceslao, el corazón de Praga, está satisfecho. Se rumorea que va a organizarse una fabulosa exhibición etnográfica, y la fundación de la Academia Checa de Ciencias y Artes es cosa hecha. Su futuro académico es prometedor; ha escogido un buen momento para aceptar la oferta de la universidad e instalarse en Praga.

De la pila de correspondencia del día, abre una carta. Ha reconocido la letra de un viejo amigo. Lee la carta de un modo pausado, y su expresión rápidamente muda a la de sorpresa satisfecha. Es una invitación para un viaje largo, de varios meses, que ha postergado por mil motivos: primero económicos, luego familiares. Los niños han ido naciendo uno tras otro, y tras

cada embarazo había que dejar de lado todos los planes. Pero quizá ahora, después de tanto tiempo, ya ha llegado la hora. España lo llama, su espíritu ruidoso y vibrante, sus caminos rústicos y paisajes tan distintos de la sofisticada Europa, a la que, sin embargo, ambiciona imitar. Solo ciudades como Madrid o Barcelona, con sus estallidos de energía y la población que hormiguea por avenidas que tienen un ojo puesto en los Campos Elíseos, le recuerdan a las capitales europeas. Todas son más grandes que la plácida Dorpat, donde ha pasado los últimos años, rodeado de libros y de enciclopedias. Pero después de la fría Rusia, y antes de hacerse cargo de su cátedra aquí, el cálido verano de España es una atractiva tentación. Relee las últimas líneas que firma el padre Bernardo:

Aquí, mi estimado amigo, por fin podrá completar su obra, que estimo de suma importancia, pues para el avance de la ciencia botánica es imprescindible un compendio de referencia sobre la flora de la Península como el que usted lleva años preparando. Confío en que mi propuesta llegue en buena hora, y espero recibirlo con todo el aprecio que sabe usted le profeso.

—Estaría allí hasta septiembre, porque por supuesto tengo que reincorporarme a la universidad antes de que empiecen las clases —dice, masticando las salchichas de cerdo que su esposa le ha preparado.

Clara aprieta los labios en una fina línea. En la habitación de al lado, los chillidos llegan más apagados de lo habitual, porque los niños también están comiendo, acompañados de la institutriz.

—Con un poco de suerte, podré terminar allí mismo el manuscrito preliminar de mi herbario —dice, y le brillan los ojos. Sucede cuando habla de cualquier cosa relacionada con las flores y las plantas. Clara recoge los platos de la ensalada sin decir nada y los coloca en la mesa auxiliar, para que se los lleve la criada.

—¿Cuántos meses estarás fuera, exactamente? —pregunta.

—Si consigo partir en un par de semanas, aprovecharé el buen tiempo y llegaré a principios de mayo. En invierno me llevaría el doble acceder a la sierra. Es un país fascinante, donde de repente al lado de un valle inundado de hierba y árboles frutales se levanta una cordillera en cuya cima se muere uno de frío. Cuando los niños sean mayores, podemos ir a visitarlo juntos.

—Ya veremos —replica Clara. Cuando llega el café, sirve a su marido y después se prepara el suyo. Remueve la cuchara lentamente, y por fin dice—: Pensaba que ahora en Praga, con el puesto que te han ofrecido, tendríamos tiempo para estar todos juntos. No has parado de viajar...

Es una alusión a los continuos cambios de destino profesional de su marido, que acepta complacido los ofrecimientos de gobiernos y universidades siempre que le permitan seguir adelante con su trabajo botánico.

—Claro que sí, querida —contesta, distraído, pensando ya en los preparativos para el viaje—. En cuanto regrese de España.

11

Valdecabriel



Las dos hermanas están de pie, observando la pila de madera. Su madre ha hecho traer el último grito para este verano que empieza: unas tumbonas, así llamadas porque hay que echarse encima, como si fueran una cama pero para pasar el día. La criada observa el artefacto como si fuera un engendro del diablo.

—¿Hay que usarla vestidas, o es para la noche? —pregunta Luisa, rodeando una de las tumbonas con curiosidad.

—¡Señorita! —Se persigna Francisca, la criada.

—En los sanatorios más modernos las utilizan para que reposen los enfermos al aire libre —dice Mercedes, con cuidado de que Luisa no se dé por aludida—. Y ahora se han puesto de moda en las playas, para que los bañistas descansen entre chapuzón y chapuzón. Se me ha ocurrido que nos irían bien.

—Pero aquí no hay mar —objeta Luisa.

—¿Y si las colocamos al borde del río? Así no me cansaré tanto cuando vaya en busca de ejemplares para mi colección, y tú podrás escribir recostada —sugiere Alba.

Las dos miran a la madre, que asiente y dice:

—Dejaremos dos en el jardín de atrás, en la vera. Y os podéis llevar las otras dos para vuestras excursiones, y cuando terminéis las guardáis en la caseta del pastor. Así no se estropearán. Pero tendremos que pedirle permiso.

—¿A quién?

—Al pastor, Luisa, ¿a quién ha de ser?

—Las tierras son nuestras, ¿qué va a decir? —dijo Luisa.

—Nosotros somos los dueños, pero ellos están aquí todo el año, y sus familias llevan generaciones en esta tierra.

—Pero ¿no mandamos nosotros? —dice la joven, y sin darse cuenta acaricia el medallón que su madre les ha regalado ese año, uno idéntico para cada una, de oro labrado y con la inicial de su nombre. Ninguna otra muchacha del pueblo tiene algo tan valioso.

—Luisa, esto es como el río —dice Alba—. ¿Verdad que no es nuestro? Pero, sin embargo, pasa por nuestras tierras, ¿no? Pues es lo mismo.

Mercedes mira a su hija mayor con orgullo.

—Así es. Id y volved pronto, que tenemos mucho trabajo por delante. Hay que organizar la cena que le hemos prometido al padre Bernardo.

—Un montón de señores aburridos y encopetados —dice Luisa, haciendo un mohín de disgusto.

—Que pronunciarán un montón de discursos, ¡aún más aburridos que ellos! —exclama Alba, riéndose.

Las dos salen corriendo para evitar que su madre las repruebe. Ha fruncido el ceño, cierto, y en una mujer tan dulce como ella el gesto casi adquiere categoría de castigo. Pero ahora que está sola sonrío, divertida. Sus dos hijas han crecido, son ya mujeres y no lo saben aún, y cada vez que se comportan como las niñas que fueron, Mercedes se siente aliviada. Quizá porque aún es muy joven, y recuerda bien el tiempo en que también fue una niña, en el internado de Austria donde sus padres la enviaron.

No olvidará jamás la impresión de los primeros días: un desfile de montañas y casitas de madera, un país de juguete del que aún desconocía las costumbres. La gente, de piel rubicunda y mirada amable, hablándole en un babel de idiomas: alemán, francés, italiano. Durante casi todo el año, el frío se deslizaba entre la ropa y la piel, que mordía sin remedio hasta que se encendía la chimenea, por muchas mantas de lana con las que se cubriera por la noche.

Los braseros y su olor a madera quemada y a cenizas, y al principio, la comida extraña, las carnes distintas, más duras, disfrazadas con salsas y aderezos desconocidos. Pero al cabo de unos días, nada de eso le importó. Sucedió al entrar en la sala donde se impartían las clases. En ese instante, todos los inconvenientes desaparecieron: no importaba estar lejos de su familia ni el hecho de que tendría que estudiar el doble que sus compañeras para ponerse a su nivel, porque ya había descubierto que su alemán era muy deficiente. Caminó lentamente hacia el globo terráqueo que se erigía en la mesa de la profesora, un círculo perfecto de mares y tierras clavado en su eje de madera, atraída hacia el objeto sin poder evitarlo. Deslizó la yema de los dedos por su superficie, descifrando los nombres de lugares misteriosos, salvajes y lejanos. De repente, sintió una sed indescriptible por descubrirlos. Cuando se sentó en el pupitre, Mercedes había cambiado.

Desde ese momento, había soñado con viajar por el mundo y conocer las crestas y los valles de los continentes misteriosos, sus flores, sus animales, sus gentes. Había estudiado con ahínco, se había esforzado por no decepcionar las expectativas de sus padres. Cada Navidad, volvía a Girona y recibía las felicitaciones satisfechas de su padre y el abrazo cariñoso de su madre. No lo hacía por eso: por primera vez en su vida, tenía un plan. Cada año que pasaba, en secreto, se dedicaba a ahorrar hasta el último céntimo del dinero que recibía para sus gastos. Anotó en un cuaderno de notas todos los países y los nombres de las ciudades que visitaría, y los mejores meses para los viajes, pues en algunos lugares caían lluvias tan torrenciales que desbordaban los ríos y arrasaban los campos de cultivo, y eso era peligroso. Muchos exploradores habían perecido en circunstancias parecidas. Lo tenía todo pensado: cuando fueran a buscarla para volver a España, les mostraría a sus padres el dinero ahorrado, su preciado botín, y les propondría seguir viajando por Europa durante otro año más: París, Viena, Roma y Londres serían las primeras

paradas, para aprender todo lo que precisaba antes de su gran periplo. Primero visitaría el Nuevo Mundo, la cuna de todos los asombrosos descubrimientos de los que le hablaba su profesora de Geografía e Historia natural, y después, se lanzaría a desvelar los misterios de Asia. Estaba dispuesta a aprender el mandarín, si era necesario. La tierra entera se convertiría en un mapa de caminos y de océanos listos para ser explorados. Se había permitido el lujo de gastar parte de sus ahorros en un par de recias botas, de piel suave y ligera pero resistentes a todas las inclemencias. Con ellas, recorrería el mundo.

Aún guarda, en un cajón de la cómoda de matrimonio, el cuaderno con sus hojas apergaminadas lleno de nombres: Arabia, África, Guinea, Brasil, India, Australia, Siam.

12

Un paseo



La tarde es fresca y el paseo agradable. Las tres caminan protegidas del sol por grandes sombreros de paja, como si fueran damas campesinas, salidas de una delicada pintura de un maestro francés. Mercedes se detiene frente a un humilde arbusto con flores blancas.

—Dibuja esta, Alba. Se llama «ombligo de Venus», y aunque solía haber muchas por estos lugares, ahora se ven menos —dice su madre.

—Creo recordar que se llama *Omphalodes linifolia*, ¿verdad? —dice Alba, frunciendo el ceño y tratando de recordar la página del herbario del padre Bernardo donde lo ha leído.

Las tres esperan pacientemente mientras Alba termina de dibujarla, y apunta la fecha, la hora y el lugar donde la ha encontrado. Después, la corta con cuidado y la coloca entre sendas hojas de papel, muy fino y casi transparente. Aprieta con suavidad y la desliza entre las páginas del cuaderno.

—Muy bien, Alba —aprueba la madre.

En Austria, cuando llegaba la hora de la lección de ciencias de la naturaleza, una vez a la semana todas las alumnas salían al campo, armadas con tijeras, bolsitas y retales de algodón, para cortar y preservar los especímenes que después, en clase, se analizarían. Mercedes recuerda el sentimiento de aventura que las poseía, y la alegría al regresar con su botín cargado de plantas y flores. Es la misma que ve pintada en el rostro de sus hijas, más serio el de Alba, concentrada y reflexiva, y más soñador el de Luisa, cuando se deja seducir por el vuelo de una mariposa.

Echan a andar de nuevo, hasta que Luisa levanta la mano y todas se detienen, como si fuera el capitán de una unidad militar y su misión fuera

conquistar el monte. Acaba de divisar una mariposa de alas de color verde claro, alargadas, que se posa sobre una ortiga.

—No os mováis —susurra, acercándose con mucho cuidado. Estira la mano con suma lentitud y roza la delicada ala del lepidóptero. La mariposa permanece quieta, su cuerpo fijado en la flor de la ortiga.

Un crujido la espanta y echa a volar. Una oveja se ha alejado de su rebaño y ha terminado en el claro, cerca del río. Bebe agua y las mira confusa, como si no supiera adónde ir. Un silbido llega desde la colina, y los perros del rebaño bajan a buscarla y la escoltan de nuevo junto a sus hermanas.

Luisa le dice a su madre:

—Se llama pavo real, por la forma en que se despliegan sus alas. Esperaré a ver si me hago con un ejemplar. Hay muchos.

Mercedes acaricia la mejilla de su hija pequeña, orgullosa. Un ramalazo de aire frío anuncia la llegada del anochecer. La madre baja la cabeza y clava la vista en el suelo. Hoy se ha puesto sus botas de piel, con las que había de recorrer el mundo y cruzar todas las fronteras. Un leve dolor le atenaza la garganta y se echa a toser con fuerza.

—Madre, ¿estás bien? —pregunta Luisa, alarmada.

—Claro que sí, hijas. No es nada —dice Mercedes, ahogando la tos con un pañuelo—. Probablemente sea un resfriado, nada más. Vamos, es hora de regresar.

13

Una cabaña



Partes de una planta

Las *plantas* se dividen en raíz, tallo, hoja, flor, fruto y semillas. Bajo tierra, oculta a la superficie y al sol, se encuentra la *raíz*, que se hunde en lo profundo de la tierra para buscar agua y sales minerales para sustentar su crecimiento. Sin las raíces, las plantas no pueden vivir. El *tallo* es el mecanismo que lleva el alimento desde el suelo hasta las hojas, y de ahí todos los nutrientes necesarios hasta el resto de la planta. Gracias al tallo, la planta crece y se eleva, se hace más y más alta hasta alcanzar la luz del sol que precisa para la vida. Según la fuerza de crecimiento que tenga la planta, el tallo será más o menos corto. Las *hojas* se encargan de generar oxígeno mediante la clorofila, que absorbe la luz del sol y convierte el dióxido de carbono en oxígeno. El proceso fue descubierto por científicos alemanes e ingleses, y se denomina fotosíntesis. Otras funciones de las hojas consisten en absorber agua y emitir gases. Pueden tener multiplicidad de formas. Los *frutos* tienen un rol importante en lo que respecta a la fabricación de las semillas. Las *semillas* sirven para que broten nuevas plantas; algunas requieren cuidados después de la siembra y otras no.

Alba dejó la pluma a un lado y frunció el ceño. Las palabras eran pobres. Ningún conjunto de frases llegaba a asemejarse a la emoción de rozar con la yema de los dedos el tallo de una flor recién abierta, la suavidad carnosa de los pétalos de la flor más humilde, o la promesa exuberante de un simple puñado de semillas. No, su descripción no hacía justicia a la realidad vibrante y poderosa de la vegetación, de los árboles, de las flores y de los animales pequeños y grandes que poblaban su valle.

—Bueno, no es exactamente mío —recuerda en voz alta, como si pidiera perdón a Valdecabriel por la presunción. Porque como había dicho su madre, había labriegos, aparceros y pastores que conocían esa tierra desde hacía generaciones, hombres y mujeres cuyas familias habían nacido y muerto entre sus colinas y valles, y tenían más derecho que ella a llamarlo suyo, a pesar de

ser pobres, pobres de llorar de hambre y de cocinar sopa con pedruscos, o eso le había contado Francisca que se hacía en tiempos de hambruna.

También se ha dado cuenta de que Valdecabriel no es suyo al ver al pastor al que han ido a pedir permiso, esa mañana, para guardar las modernas tumbonas en su cabaña de piedra tal y como su madre les ha ordenado. Al principio las ha mirado sin despegar los labios, a las dos muchachas que han llegado frente a su cabaña, resoplando después del largo camino desde la casa de La Solariega hasta la cabaña, sin entender qué se traían entre manos, literalmente. Sillas largas como camas, camas estrechas como sillas, un híbrido de madera y de tela, una absurda modernidad en plena montaña, donde solo se distingue el croar de las ranas, el canto de las cigarras y de los pájaros, el deslizarse de la vida salvaje en la tierra, el agua y el aire. Se han sentido ridículas, las dos hermanas Ocón, tratando de explicarle lo que querían, para qué querían las tumbonas.

—Mira, para la vera del río —dice Alba, echándose sobre la tumbona y cerrando los ojos, abanicándose para imitar a una bañista, alguien que reposa, que disfruta del ocio. Ni se le pasa por la cabeza lo extraña que es la estampa. Y se levanta, pliega la tumbona y, señalando la cabaña, añade—: Y después, ahí la guardamos. Dentro de la cabaña, a resguardo del viento y la lluvia.

El mozo sigue sin decir nada, y Luisa pregunta:

—¿Cómo te llamas, muchacho?

Los ojos negros del mozo dejan de mirar a Alba y a la tumbona, y se posan en Luisa. Sopla un aire por el valle, ella se estremece.

—Antonio.

—Bien, Antonio, nosotras no te vamos a molestar —dice Luisa con paciencia—. Solo vendremos al valle, y al irnos pondremos la tumbona en tu cabaña cuando anochezca, o si llueve durante el día.

—¿De noche? —pregunta Antonio.

—Bueno, un poco antes de que se ponga el sol —interviene Alba—. No podemos volver a casa tan tarde, Luisa.

Luisa y Antonio miran la tumbona extendida, sus rayas azules y blancas traídas para una Riviera francesa, o una costa atlántica, cualquier sitio menos las piedras y los matojos que hay frente a la cabaña de Antonio. Al levantar la vista, la tez de Luisa está ligeramente enrojecida, quizá por el sol de mediodía y quizá por el esfuerzo de subir hasta allí. Antonio se mete la mano en el bolsillo del pantalón. Saca un pedazo de hierro alargado, y lo sostiene en la palma de su mano.

—¿Qué es eso? —inquire Alba.

Luisa alarga la mano y lo toma. Está caliente, y su piel conserva ahora el calor del objeto.

—Es una llave —dice su hermana.

—Para la cabaña —dice Antonio, señalando con la cabeza el portón que cierra la choza de piedras. Lo empuja y muestra el interior. Hay herramientas cuidadosamente envueltas en paños y mantas, varias cestas, piel de oveja curtida y apilada, un montón de paja y un rollo de cuerda. Luisa asoma la cabeza. Huele a animal y a tierra. Arruga la nariz y se aparta. El pastor se retira unos pasos, cierra el portón y tiende la mano.

—¿Y ahora qué quiere? —pregunta Alba.

—Yo qué voy a saber —dice Luisa, y entonces Antonio sonrío un poco; tiene la dentadura intacta y eso la alivia absurdamente.

—La llave, para enseñarle cómo cerrar, señorita.

«Señorita», las ha llamado «señorita», porque son damiselas de ciudad. Una palabra y dos mundos. Alba disimula una sonrisa, y le da un codazo a su hermana, pero esta sigue clavada, sin moverse. Al cabo de un instante, Luisa devuelve la llave con prisas, como si le quemara la mano.

El pastor introduce la llave en la cerradura, que ni siquiera es eso, es un

burdo agujero de hierro que, junto al pestillo, asegura la puerta e impide la entrada de alimañas, lobos o jabalíes. Gira con firmeza dos veces, se da la vuelta y dice:

—¿Ve, señorita? Así se cierra.

—Y al revés, se abre, supongo —dice Luisa.

Le ha temblado un poco la voz.

Antonio asiente, se da la vuelta y se aleja hacia su rebaño.

Las dos hermanas se han quedado un rato frente a la cabaña sin saber muy bien qué hacer, con las tumbonas desplegadas que trastabillan como un caballo cojo en el suelo rocoso y duro, hasta que Alba las ha guardado en la cabaña de nuevo. El portón se ha cerrado con un golpe seco, de viento enfadado.

14

Flores y mariposas



Al cabo de un tiempo, se hace evidente que las dos muchachas necesitan un estudio: Alba, para sus flores, y Luisa para su colección de mariposas.

—Así no te molestarán, Eduardo —dice Mercedes, persuasiva—. Pasamos cada vez más tiempo en Monreal, ya no es una casa de temporada.

Baja la vista, y su marido toma su mano, soltando el diario que sostiene durante el desayuno. Ambos saben la razón.

—¿Cómo te encuentras hoy? —pregunta él.

—Mejor... No te apures —dice Mercedes, suavemente. No le gusta preocupar a su esposo—. Pero las niñas... Eduardo, necesitan más espacio.

Pasado el instante de ternura entre ambos, su marido frunce el ceño.

—Pero ¿es que no pueden estar en el salón, leyendo con la familia o jugando a las cartas, todos juntos?

—¿Con sus mariposas y sus flores? —pregunta Mercedes, y los dos saben de qué habla. Hace dos semanas que Eduardo encontró una mariposa clavada en la pared del pasillo, al lado de la habitación de Luisa, y le ordenó a Francisca que se deshiciera del lepidóptero, para disgusto de su hija.

—Es que una cosa es tener una afición y otra obsesionarse —replica Eduardo.

—El padre Bernardo dice que es un orgullo para Teruel que nuestras hijas se dediquen con tanto ahínco a la botánica y a la entomología, querido.

—¿Botánica y entomología! —exclama Eduardo, chasqueando la lengua—. ¡Ni que fueran a hacer carrera en la ciencia! Una cosa es que se entretengan con eso, pero no es más que una afición.

—¿Una afición? ¿Sabes cuántas mariposas tiene ya Luisa? ¡Más de veinte!

Y dice que podría doblar su colección en un par de semanas, si se pusiera a ello. Y las plantas de Alba son delicadas. Las criadas las confunden con hierbajos y las tiran, y todo su trabajo se echa a perder.

—¿Su trabajo? ¡Eso no es trabajar!

El padre, en el fondo, no se opone a la idea. Es solo que le parece extraño que dos señoritas tengan una habitación propia, además del dormitorio, como si fueran abogados o médicos. Él sí tiene un despacho personal en la casa de Santa Ana y también en la de Girona, pero a causa de los negocios, que sí son trabajo de verdad: allí se reúne con su contable, y recibe a todos los que vienen a pedirle favores y dinero (generalmente, esto último). Por eso insiste:

—No me parece natural: acabarán encerrándose ahí todo el día. ¿No les basta con un armario en su dormitorio?

—Por Dios, Eduardo. Alba necesita un escritorio más grande que el que tiene en su recámara, para trabajar bien, y anotar los nombres de cada planta e incluir sus dibujos, como es debido. Y además, cada vez tiene más herbarios y libros de consulta, y lo mismo le pasa a Luisa con los de entomología y los volúmenes de poesía.

La mención aumenta la irritación de su marido, que exclama:

—Todos esos libros cuestan una fortuna: algunos solo los encuentran fuera de España, y a mi librero de Madrid le cuesta mucho tiempo y dinero importarlos de Europa. Deberían estar pensando en otras cosas, a su edad. Ya podrían haberse aficionado al piano y a coser, como...

Mercedes le interrumpe con frialdad:

—¿Como las señoritas normales, quieres decir?

—Querida... —Eduardo dobla el periódico, y estira la mano para tomar la de su mujer, que evita tocarlo.

—Debe de ser que su madre les ha inculcado nociones muy extrañas — replica Mercedes—. Como amar la naturaleza, interesarse por el mundo y

creer en sus facultades. En verdad tus hijas deben de ser una decepción para ti, si esperabas que fueran dóciles como los rebaños de muchachas que se pasean por los salones de Madrid y Barcelona a la caza de un marido.

Fuera, los herrerillos de la primera mañana cantan subidos a las ramas del pinar que hay detrás de la casa, y su canto contrasta con el silencio gélido del comedor. Jamás le había hablado así a su marido. Eduardo carraspea y dice:

—Escoge la habitación que prefieras y manda arreglarla. A mis hijas no ha de faltarles nada, y tú mandas en la casa. No se hable más.

Se levanta y vuelve a carraspear. Toma el periódico y se retira a su despacho.

Mercedes solo se arrepiente del tono agrio de su reproche, de nada más.

15

Un estudio



Mercedes acompaña a sus dos hijas por el largo pasillo que conduce al antiguo invernadero de La Solariega.

—Vamos, tengo una sorpresa para vosotras.

Cuando abre la puerta, es como si un prestidigitador hubiera pasado por allí, trastocándolo todo: donde antes había una sala de verano, cuyas cristaleras se abrían a la parte trasera del jardín de La Solariega, ahora hay dos escritorios enfrentados. El lugar de los cuadros y los jarrones lo han ocupado una hilera de estanterías de madera, con puertas de cristal, vacías a la espera de libros o cuadernos. En la pared opuesta a los escritorios hay un aparador lleno de cajas de madera rectangulares con la tapa de vidrio. Luisa se acerca lentamente y comprueba que están llenas de mariposas.

—Son mis especímenes, madre. ¿Qué es todo esto?

—Es vuestro estudio, hijas —dice Mercedes, satisfecha—. Aquí podréis ordenar las muestras que traéis del campo, clasificarlas, dibujar bocetos con tranquilidad... —Se vuelve a Alba y dice—: Tú tendrás un espacio para escribir y guardar las fichas de cada flor que coleccionas, y he mandado que guarden aquí todos los herbarios que ya tienes. Podrás consultarlos a placer. Y tú, Luisa, tienes espacio de sobra para tus mariposas, también. —El aparador está hecho a medida para que pueda guardar todos los especímenes que tiene, y los que se añadirán a su colección—. Y aquí —dice, abriendo un armario— tenéis todo lo necesario para tomar muestras: bolsas, tijeras de podar, guantes de jardinero, papel de lino y algodón para guardar los especímenes de plantas, y jarras de cristal para las mariposas.

—No sé qué decir —dice Alba.

—Madre... —dice Luisa, emocionada.

No dejan de mirar a su alrededor. La luz que entra por los ventanales ilumina todas las superficies: la madera de la mesa, el suelo pulido, las cortinas claras, el tintero y los cuadernos esperando el dichoso momento en que puedan volcar su curiosidad y los frutos de su labor en ellos.

Alba se vuelve y mira a su hermana. Ambas se echan a reír, la pura felicidad de su ilusión contagiándose entre ambas. Las dos hijas se aferran a su madre con fuerza y la cubren de besos, agradecidas.

Las dos hermanas se refugian en el flamante estudio después de cenar.

—¿Cuál es esta? —pregunta Alba.

—Se llama cola de golondrina, y según el padre Bernardo su nombre científico es *Papilio machaon* —responde Luisa.

—Parece que tenga ojos en las alas.

—Es la primera que cacé. Hay muchas por el valle, pero me costó un poco. Tiene la capacidad de expulsar un líquido que pica, y huele como el azufre, cuando percibe una amenaza.

—¿Es peligrosa? —dice Alba, apartándose.

—No, no. Solo lo hace para protegerse, nada más. Además, ahora ya no puede causarnos ningún daño.

Las dos contemplan el ejemplar, clavado para siempre en la cajita. Luisa termina de escribir el nombre de la mariposa en la diminuta tarjeta y lo coloca en el lateral.

—¿No te dan pena, hermana?

Luisa sabe a qué se refiere. Niega con la cabeza.

—Solo me quedo con una. Todas las demás siguen libres, y así sabemos que

existen y que son distintas del resto. De otro modo, ¿quién sabría cómo se llaman las mariposas?

Alba reflexiona y dice:

—Como las plantas que guardo, secas, entre las páginas de un libro, que también dejan de vivir. Ya sé que nadie lo ve así, pero a mí me parece que son seres vivos. Cada vez que veo una flor o una planta nueva, no puedo evitarlo: tengo que estudiarla, acercarme a ella, comprenderla. Es como si fuera un acertijo y no me quedara más remedio que resolverlo.

—En el fondo, no son tan diferentes sus vidas y las nuestras. ¿O crees que no estamos también atrapadas detrás de estos cristales? —dice Luisa, y señala el horizonte donde se divisa la sierra y los campos, los rebaños y los labriegos recogiendo la cosecha—. Hay cosas lejos de La Solariega que no conoceremos jamás.

Lo dice con añoranza, como si las hubiera perdido ya.

—Eso cambiará, ya verás. Cuando seamos mayores y podamos viajar solas, estudiaremos, como hizo nuestra madre —dice Alba con decisión.

—¿Dónde? ¿En Austria?

—No lo sé. Quizá. O en Francia, o Alemania o Inglaterra. —Alba se encoge de hombros—. Donde haya maestros que enseñen botánica y entomología. Será como las lecciones con el padre Bernardo, ¡pero sin el humo de la pipa!

Las jóvenes se echan a reír.

—Lo digo de veras, Luisa —dice Alba con un fervor nuevo, ante el gesto de escepticismo de su hermana, mientras señala el estudio.

—No sé, Alba. Las mariposas que guardo en mis cajas de cristal no cambian nunca —dice Luisa—. Y a veces, desearía que el mundo no cambiara nunca, como mis mariposas, y pudiéramos seguir siempre encerradas en este estudio, tú y yo. Al menos aquí somos libres.

Las dos hermanas se miran.

Alba frunce el ceño. No quiere pensar en lo que su hermana acaba de decir, quizá porque contiene más verdad de la que le gustaría admitir. Con gran esfuerzo se inclina, aplicada, sobre la hoja de su cuaderno, para seguir recopilando más detalles sobre las flores que ha traído esta tarde. Fuera, las puertas de cristal dejan entrar el crepúsculo.

16

El extranjero



El extranjero mira por la ventana del carruaje. No es la primera vez que pisa tierras castellanas, ni mucho menos. Conoce bien los caminos de la Península, se sabe de corrido los nombres de árboles, plantas, arbustos y flores. Su cabeza es un archivo preciso, ordenado. Cada nombre en su cajón, una etiqueta para cada familia. Clases y órdenes. Géneros y especies. *Vallisneria spiralis*. *Ulex australis*. *Taxus baccata*. En sus cuadernos de viaje, los nombres desfilan en el papel como arañas obedientes. Lleva consigo las misivas que ha intercambiado con el padre Bernardo durante años, desde que se conocieran en el congreso de la Sociedad Botánica de Berlín. La última carta, la que había empezado a escribir en Praga, sigue inacabada dentro de su cartera. En lugar de eso, ha mandado un mensaje por telégrafo, para ganar tiempo. Cuando llegan al centro del pueblo, el conductor baja la maleta del pescante, la deja en el suelo, descuelga las escaleras para que el viajero pueda descender, y se quita la gorra.

Cuando el alemán baja del vehículo, el tiempo de la plaza de Santa Ana del Campo se detiene sin disimulo. Las cabezas de los mozos y de las mujeres, todas de cabellos morenos y piel aún más morena, se giran a mirar cuán largo es el hombre de piel fina y ojos azules, de pelo rubio y expresión afable. El carraspeo del conductor es la señal para que la vida vuelva a fluir: todos reemprenden sus quehaceres, aunque mirándoles con el rabillo del ojo. El viajero busca en el bolsillo de su chaleco para dejar en la palma del conductor unas monedas. Satisfecho con el pago, este se decide a extender sus servicios por unos minutos más.

—¿Le acompaño al hotel, señor?

—No, a la iglesia, si es tan amable —responde el extranjero.

Enarca las cejas el otro, y al cabo de una caminata por las calles estrechas de Montreal, tejidas de piedra y cal, llegan al pórtico de la iglesia a medio restaurar. El alemán carga su maleta al interior de la nave y disfruta del frescor de su interior, después del caluroso trayecto. La deja en el suelo y se acerca a la puerta de la sacristía, desde donde llega un coro de voces, un zumbido de letanías. Asoma por la puerta. Se oye:

—Dos por dos, cuatro; dos por tres, seis; dos por cuatro, ocho...

Tamborilea los dedos contra la madera y cuatro caritas se giran hacia él.

—¡Mi querido amigo! —exclama el padre Bernardo, dejando en el escritorio el libro que sostenía para la guía de la clase.

Heinrich Moritz Willkomm sonrío.

En un rincón de la sala, otra cabeza se ha levantado y observa con curiosidad al recién llegado. Alba jamás ha visto un hombre con los cabellos tan rubios. El recién llegado y el cura se saludan con afecto, y el padre Bernardo exclama, girándose hacia la muchacha:

—Señorita, hágame el favor de seguir usted con el recitado de las multiplicaciones. No tardo nada.

Alba asiente y se levanta para ocupar el lugar del cura frente a la clase. El recién llegado repara en ella. Inclina la cabeza cortésmente, y es entonces cuando Alba se fija en que el color de los ojos del extraño es azul profundo, como la flor de la hierba de la sangre.

Le devuelve el saludo y un ligero estremecimiento la empuja a recoger el chal que se había deslizado desde el respaldo de la silla. Hace frío en la iglesia, piensa. Habrá que poner un brasero aunque solo sea primavera.

—Venga, niños. Dos por dos, cuatro; dos por tres, seis...

17

Una fiesta



El tintineo del mejor cristal de Bohemia ameniza la fiesta en casa de los Ruiz de Peñafiel, que se ha alargado hasta bien entrada la madrugada. Los selectos invitados llevan horas comiendo y bebiendo los manjares más succulentos, regados con vinos de la tierra. Los brindis abundan: por el ferrocarril, por la prosperidad de la provincia y por el futuro de la patria española. Cualquier excusa es buena para apurar otra copa, cualquier viva desata otros tantos. A un lado, las botellas de jerez que Eduardo ha hecho traer de la bodega esperan a que llegue la hora del café, los puros de Cuba y los dulces.

—¡Por la Sociedad Económica Aragonesa! —exclama Fernando Ruiz.

—¡Viva, viva! —Aplauden todos.

—¡Y por su socio más reciente! —exclama otro comensal.

Los esfuerzos de Fernando por el desarrollo del ferrocarril en Teruel le han granjeado un lugar entre los hombres más poderosos de la provincia. Su rostro resplandece de satisfacción. Eduardo Ruiz de Peñafiel lo estudia en silencio. A pesar de su juventud, Fernando habla con urgencia, cada frase tajante y segura, y tiene prisa por todo. Lleva dentro la fuerza desbocada de un tren de hierro, como los que está empeñado en construir. Eduardo hace una señal y dos criados sirven el jerez entre los caballeros. Está de buen humor, le gusta organizar veladas como esta, rodearse de amigos y exhibir su buena fortuna. Se siente orgulloso de su esposa Mercedes, que es la perfecta anfitriona y está pendiente de cada detalle. Fuera, en el jardín de La Solariega, se encienden antorchas, que arden hasta bien entrada la madrugada. La casa brillará durante toda la noche, un rubí incrustado en los montes de la sierra.

Luisa se ha instalado en el piano, porque es la mejor excusa para permanecer alejada de la conversación, y Alba se ha visto obligada a duplicar sus atenciones para con los invitados, imitando a su madre. Le ha tocado sentarse al lado de Fernando, que acaba de apurar su copa con la cara arrebolada, y dice:

—¿Y usted, señorita, qué opina de la maravilla del ferrocarril?

—No sabría decirle, señor Ruiz.

—Piense en lo prodigioso que será cuando desde Madrid, Barcelona y Zaragoza pueda llegarse en ferrocarril a todos los puntos de nuestro país, ¡y aún más allá de las fronteras, hasta París y Roma!

—Es cierto que apenas he viajado. Solo conozco de primera mano Barcelona, Santa Ana y la sierra de Albarracín. Todo lo demás lo he leído en libros o me lo ha contado mi madre, que estudió en Austria —dice Alba.

—Entonces, permítame que la felicite y le diga que tiene usted por delante el privilegio de descubrir ciudades fascinantes —dice Fernando—. París o Madrid, Londres... Y claro, todo desde Barcelona, que está en la delantera del desarrollo ferroviario en nuestro país. ¿No siente curiosidad por verlas?

Alba medita un poco y responde decidida:

—Quizá, si son tan hermosos como dicen los jardines de las Tullerías de París. O el Hyde Park de Londres, o el Retiro de Madrid.

Fernando enarca las cejas, sin comprender.

—La pasión de mi hija no es el ferrocarril, señor Ruiz, sino la naturaleza —interviene Mercedes, afectuosamente.

—¡Doy fe que nada es más admirable! ¿Acaso no hay mejor espectáculo que la belleza natural? —asiente el padre Bernardo—. Amigo Heinrich, usted que ha visitado toda Europa, ¿qué rincón recomendaría visitar a una neófita viajera y amante de la botánica como la señorita Alba?

La muchacha sonrío al oír que mencionan su nombre y su pasión. Eleva la

mano y empieza a abanicarse suavemente. La luz de las velas carga el ambiente. Un par de trenzas de su tocado se aflojan un poco y caen sobre su mejilla.

—Eso no es fácil de responder, amigo mío —dice el alemán con lentitud—. La ciencia moderna, como sabe usted, se ocupa cada vez más de la clasificación y categorización de las plantas, y en las colonias de ultramar se descubren nuevas especies cada día. Por ello, muchos gobiernos están fomentando la construcción de inmensos parques botánicos, y toda Europa está poblada de magníficos espacios para quien ama la ciencia de las plantas. La señorita Alba podría viajar un año entero por toda Europa y no dejaría de ver prodigiosos parques y museos botánicos por todo el continente.

—¡Qué maravilla! Cuéntenos más, se lo ruego, señor Willkomm —dice Alba, impulsivamente. El otro no puede evitar sonreír, complacido ante su entusiasmo. Los dos se observan con idéntica curiosidad.

En el piano, Luisa empieza a tocar las notas ligeras de una pieza nocturna.

—Veamos —reflexiona Willkomm—. El jardín botánico de Viena es un hito técnico, porque, además, cuenta con un invernadero inmenso, acristalado y con estructura de hierro. Varios ingenieros dedicaron años de su vida para construirlo, y costó una fortuna.

—¡Lo recuerdo! Una vez fuimos a visitarlo, desde el internado donde estudiaba en Austria —dice Mercedes, sonriendo.

—Ya sabrá, pues, que es excepcional —prosigue Willkomm—. Lo fundó la reina María Teresa, y es fácil perderse entre las más de mil especies de orquídeas que allí se cultivan. Y perder la noción del tiempo, también: además del fuerte aroma que despiden las flores, que llega a perturbar si se respira durante mucho tiempo, las plantas dominan de tal modo el jardín que al final uno acaba creyéndose observado y rodeado de seres conscientes, criaturas vivas como nosotros.

—¡Qué idea más estrambótica! —exclama Fernando.

—No lo es tanto como pudiera parecer. ¿Acaso no respiran aire y precisan agua igual que el ser humano? Las plantas no son animales, pero tampoco son piedras. Es, pues, perentorio definir qué son, ¿no le parece?

—Me parece más urgente desarrollar la economía de un país.

—Pero ¿han de ser objetivos contrapuestos? ¿Acaso el conocimiento no es también una forma de riqueza? —objeta Heinrich—. En Berlín y Frankfurt, las sociedades botánicas han fundado magníficos jardines donde los ciudadanos gozan de aire puro admirando una vegetación magnífica y los estudiantes aprenden la biología de las plantas. Y supongo que no dudará usted de la potencia económica de Alemania.

—Pero ¡qué sandez! —exclama Fernando—. Una cosa es la riqueza de un país y otra los jardines que tenga.

Heinrich frunce el ceño, pero antes de que pueda responder, Alba dice:

—Hace poco un reconocido químico, el señor José Rodríguez Garrido, pronunció un discurso en el Ateneo Mercantil de Madrid sobre la importancia de las ciencias naturales en el estado social de un pueblo. Leí la noticia en el *Diario de Zaragoza*.

Se hace el silencio, seguido de un discreto bisbiseo. Todos los invitados saben que las hijas de Eduardo son señoritas distintas de las muchachas del pueblo y que su madre les ha proporcionado una educación moderna; lo que desconocían es el aplomo con el que Alba ha hablado. Tampoco ayuda la mención de la sospechosa palabra «social» y, por supuesto, que haya intervenido en una conversación de mayores. Solamente el alemán mira a la joven, además de sorprendido, con admiración.

—¡Bueno, bueno! —exclama Eduardo, zanjando la conversación, que para Fernando se ha convertido en embarazosa a las claras, a juzgar por su semblante serio, tan distinto del brindis efusivo de hace un rato—. Dígame,

señor Willkomm, ¿qué piensa usted del desarrollo financiero que está experimentando Europa?

—Mi especialidad es la botánica, don Eduardo. Nada sé de dinero, por desgracia para mí —contesta Heinrich, volviéndose hacia su anfitrión.

—Pero procede usted del norte, donde como bien ha dicho la economía está mucho más avanzada: los trenes son allí cosa habitual, las mercancías ya no se transportan solamente en carrromatos, las ciudades crecen y atraen más habitantes. Y la pujanza de las sociedades financieras que impulsa dicha riqueza se ha extendido por toda Europa, desde Londres a París y, por supuesto, en Frankfurt.

—Es cierto que el dinero que alimenta nuestro imperio procede de estas nuevas compañías de acciones, que crecen a pasos agigantados —conviene Heinrich—. Hace poco se ha instalado la bolsa de valores en la Börsenplatz, porque la antigua sede se había quedado pequeña, y a pesar de que Berlín es la nueva capital del imperio desde hace muy poco, la potencia de Frankfurt es indiscutible y el peso de sus sociedades financieras en el enriquecimiento de nuestro nuevo país es muy grande.

—¡Es el futuro, no cabe duda! —exclama Fernando, animado de nuevo.

—Sí le diré, no obstante, que como todas las cosas nuevas, opino que es la prudencia la que debe imperar —prosigue Heinrich, imperturbable—. Y de nada sirve que un país pueda cruzarse de punta a punta si sus habitantes no tienen qué comer y están condenados a vivir sumidos en la pobreza.

—Una observación muy sensata —dice Eduardo, pensativo.

Fernando clava la vista en su plato y alarga la mano para tomar un sorbo de su copa de vino tinto. En voz baja, murmura:

—Este país siempre igual... Palmas para el extranjero, piedras para los de aquí.

Alba mira de reojo al alemán, que ha oído perfectamente el comentario del

otro, y dice, abanicándose:

—Aún no nos ha dicho cuál es el mejor jardín botánico de Europa, señor Willkomm.

Mercedes inclina la cabeza imperceptiblemente hacia Alba, complacida por la destreza de su hija para cambiar el tono agrio hacia el que se encamina la conversación. El alemán observa a la muchacha y responde:

—Le confieso que mi corazón está dividido entre dos jardines botánicos, a cuál más fascinante. En primer lugar, el Orto Botanico de Bologna, que es sencillo pero muy antiguo, fundado en el siglo XVI para preservar las plantas que los herboristas medievales precisaban para crear ungüentos y pócimas medicinales. Tiene albaricoques plateados, que es como los chinos llaman al árbol de los cuarenta escudos; mimbre púrpura, que baja la fiebre; y hasta plantas carnívoras, como el rocío del sol, muy apreciada para tratar la bronquitis y el asma. Allí pasé un verano calurosísimo que jamás olvidaré.

—¡Plantas carnívoras! —exclama Alba.

Heinrich confunde su agitación con miedo y explica:

—No debe temer, son plantas que solamente se interesan por los insectos. No consumen carne humana, a pesar de su truculento nombre.

—Lo sé muy bien —replica Alba, sonriendo. Y ante la extrañeza de él, añade—: Por los volúmenes de herbarios y de botánica que mi padre hace traer de París. Incluidos los suyos, señor Willkomm.

—La señorita Alba es una joven muy especial —dice Fernando, pero su elogio no lo parece, llega envuelto en una nube de burla.

—Me honra usted, señorita —dice Heinrich, como si no le hubiera oído—. No suelen reconocer mi trabajo, fuera de los círculos estrictamente académicos. Precisamente en París está el otro contendiente: el Jardin des Plantes. Es un paraíso para los botánicos. Mucho menos humilde que el de Bologna, naturalmente. En Francia, todo es deslumbrante.

Se hace un silencio incómodo. Han pasado varios años desde que los Bonaparte abandonaran España, pero basta mencionar lo francés para que el recuerdo de la ocupación encrespe los ánimos. Fernando hace una mueca de desprecio y parece a punto de decir algo. Alba se apresura a intervenir:

—Y dígame, señor Willkomm, si tuviera que escoger la flor más bonita de Europa, ¿cuál sería?

—Debo confesar que siento especial debilidad por la flora ibérica porque brotan las plantas y las flores más diversas contra todo pronóstico, en terreno de secano, sin una gota de lluvia ni ayuda de nadie que las cultive. Y a pesar de eso, ahí están, y nos brindan su belleza milagrosa y pura. Nunca me canso de verlas. Como a las damas de su país —añade, inclinando cortésmente la cabeza en dirección a la anfitriona.

—¡Qué galante, señor Willkomm! —exclama Mercedes, echándose a reír.

—Pero aún no ha contestado usted mi pregunta —dice Alba.

—Es difícil escoger... Diría que la *Silene pseudoatocion* es una de mis favoritas. En uno de mis viajes, en Mallorca, tuve el privilegio de visitar el monte Morei, cerca de Artà, y toda la ladera estaba cubierta de flores de un color rosa vibrante, ¡en pleno invierno! Fue una visión del paraíso.

—El clavel de monte, claro —asiente la joven—. Una de las escasas flores salvajes que florece en invierno.

—Así es, señorita. Veo que, efectivamente, los herbarios y la botánica son de veras disciplina de su interés —dice Heinrich, inclinando la cabeza cortésmente.

—Amigo Heinrich, como no es el lugar de la señorita Alba pedírselo, lo haré yo en virtud de la confianza que nos tenemos: será un honor que acceda a visitar su herbario —dice el padre Bernardo— y comprobar que su labor botánica es de una riqueza y minuciosidad propias de una academia científica.

Alba se sonroja, atrapada entre el orgullo y la expectación. El alemán

asiente, cortés.

—Será un placer para mí. Además, precisamente ahora estoy redactando un herbario sobre la flora de España y Portugal, motivo de mi viaje.

—Pensaba que esta era su primera visita a España, señor —dice Fernando.

—Soy miembro de la Sociedad Económica Aragonesa desde hace diez años, cuando a instancias del padre Bernardo Zapater, aquí presente, tuve el honor de que me invitaran —responde Heinrich.

—¡Así se explica lo bien que habla usted nuestro idioma! —dice Mercedes. Fernando aprieta los labios en una fina línea de desagrado.

—Las estatuas que adornan el salón son singulares, don Eduardo. Poseen un refinamiento que me recuerda a los mejores museos de Europa —dice el alemán.

—Muchas gracias, señor Willkomm. Nos honra usted, y sobre todo a mi esposa Mercedes, pues ella es la responsable de reunir tanta belleza bajo este humilde techo —dice Eduardo, tomando la mano de su esposa y besándola.

—Caballeros, ¿un último baile para terminar la velada? —propone Mercedes. Se gira en busca de Luisa, para que toque una melodía de baile, pero su hija pequeña no está en el piano. Hace una seña al criado y dice—: Juan, ve a buscar a Luisa, debe de estar en su recámara, descansando. A ver si se anima a bajar y tocar un poco más.

Al cabo de un rato Luisa reaparece, con las mejillas enrojecidas.

—¿Estás bien, querida? —pregunta Mercedes, discretamente.

Luisa asiente sin despegar los labios. Le brilla la mirada, como si tuviera fiebre. Se sienta frente al piano y empieza a tocar los compases vivaces de una polca.

Heinrich sonrío.

—¿Qué sucede, señor Willkomm? —pregunta Alba.

—Acabo de dejar Praga, donde tengo mi cátedra, y heme aquí rodeado de la

última moda musical bohemia.

El alemán tararea la melodía del baile. Tiene una voz grave, que contrasta con sus facciones serenas. A Alba le recuerda el mar cerca de Girona, cuando el viento sopla suave primero, feroz después.

—¿Le gusta bailar, señor Willkomm?

—Me gustaba, sí —dice Heinrich—. Cuando era más joven, cuando no tenía responsabilidades.

—¡Diviértase, pues! —le anima don Eduardo, levantándose para bailar con su esposa. Ambos giran por la sala, acompañados de otras parejas.

—¿Me permite un baile, señorita Alba? —dice Fernando, bruscamente.

La joven disimula su incomodidad, acepta con la cabeza y la pareja se lanza a bailar, los pasos de ambos unidos en un recorrido vivaz y rápido.

Heinrich le dice al padre Bernardo:

—Debería retirarme ya. Me espera mucho trabajo mañana.

La música sigue sonando cuando Heinrich Willkomm abandona La Solariega tras despedirse de los Ruiz de Peñafiel y agradecerles su gentileza. Su estado de ánimo no tiene nombre, ni etiqueta, ni categoría, pero sí rostro: la voz clara de Alba y sus ojos iluminados por la curiosidad. Se gira hacia La Solariega una última vez. Las risas que proceden de la casa le acompañan un buen rato durante su camino en la oscuridad.

18

El herbario



El primer volumen sobre botánica que le había mostrado el padre Bernardo le había abierto las puertas de un mundo lleno de conocimiento y posibilidades. Los que llegaron después, encargados por su padre desde París y Roma, se convirtieron en su tesoro máspreciado: la *Species Plantarum*, de Carlos Linneo ocupaba un lugar de honor en su estudio, así como las obras de los clásicos. Pero nada puede competir con la emoción de compartir su trabajo con Heinrich Willkomm. El padre Bernardo, en sus lecciones de botánica, le ha hablado una y mil veces de los libros del alemán, y hoy Alba se dispone a mostrarle su propio herbario, por sugerencia del sacerdote. Es una sensación vertiginosa y desconocida: están en pie de igualdad intelectual, ambos apasionados por la misma ciencia, y la ocasión es un desafío para poner a prueba lo que ha aprendido durante horas de estudio en soledad. El alemán se inclina sobre el herbario que Alba ha confeccionado durante sus visitas a la sierra de Albarracín y a Valdecabriel, y a la joven le late el corazón como el día que cortó su primera flor. Sus ojos escudriñan cada detalle, repasan los apuntes que ha tomado afanosa, los datos acumulados. La fecha y el lugar de la colecta, el dibujo, sus características, la taxonomía de la planta. Y entre los retales de algodón o los papeles de lino, toma con delicadeza el ejemplar y lo estudia con una lente magnificadora.

—Esto es impresionante, señorita Alba. Están muy bien preservados, y sigue usted al pie de la letra la categorización clásica de Linneo. La felicito.

—Muchas gracias, señor Heinrich.

—¿Dice usted que no la ha ayudado nadie a coleccionar todo esto?

—Así es. Al principio, el padre Bernardo nos acompañaba a mi hermana

Luisa y a mí; y mi madre siempre nos ha animado a seguir aprendiendo, pues es una gran aficionada a la naturaleza también. Pero hace ya tiempo que me encargo yo sola de conservar y hacer crecer este herbario, y de documentarme acerca de las especies que no conozco. Y otro tanto hace Luisa con su colección de mariposas.

—Le repito mis felicitaciones. Cuando mi colega el padre Bernardo me hablaba en sus cartas de una joven botánica, sumamente aplicada y de notable capacidad para el trabajo científico, no bromeaba —dice Heinrich, sonriendo.

—¿Una broma? ¿Por qué había de serlo?

Alba levanta la mirada, ofendida.

—Pues.... Es que no es habitual que una señorita se dedique a la ciencia.

—¿Le parece que es censurable?

—Poco habitual, quizá, pero nunca es censurable dedicarse al saber científico, si esa es su vocación. Temo haberla ofendido, señorita Alba. Nada más lejos de mi intención.

Heinrich se inclina solemnemente, como si hubiera cometido un imperdonable error, y su propia seriedad y contrición hacen que Alba se tranquilice. Le sonrío.

—He leído su volumen sobre la flora de nuestro país, ¿sabe?

Heinrich la mira sorprendido.

—¿Entero? Es una obra de consulta.

—También lo son las obras de Lucrecio, Plinio y Aristóteles, pero cualquier botánico que se precie ha de conocerlas al dedillo, ¿no le parece?

—Me abruma usted con esas comparaciones, señorita.

Heinrich aparta la mirada. En el estudio, el olor de flores preservadas se mezcla con el del algodón y el lino que Alba guarda para las muestras, y el papel de los libros que pueblan las estanterías. En el centro de las dos mesas hay un ramillete de lavanda recién cortada.

—Este lugar me recuerda a los conservatorios ingleses —dice Heinrich, acercándose a la ventana—. Contiene todo el perfume de la primavera.

Alba observa al alemán con curiosidad. No sabe si habla en serio o no. Se trata de uno de los principales botánicos europeos y, sin embargo, su actitud es respetuosa e interesada, como si fueran colegas, y hasta diría que está azorado por sus elogios. Es muy distinta de la resignación con la que su padre aborda su pasión por las plantas, o las miradas desconcertadas de las jóvenes y los muchachos de su edad a las que ha frecuentado en los salones. Por suerte, cada vez menos, desde que pasan más tiempo en Santa Ana del Campo.

Se decide a compartir con él su hallazgo máspreciado.

—Permítame que le muestre mi pequeño enigma.

Alba sube la escalera de madera que le permite alcanzar las herborizaciones que están guardadas en los estantes más elevados, y desciende con una caja. La abre, y extrae una flor y su tallo, de no más de treinta centímetros de extensión, hojas en forma de roseta y lóbulos redondeados. Las flores, ya secas, siguen siendo diminutas, de un pulgar de diámetro, de pétalos blancos y delicados.

—La encontré en Valdecabriel, la primavera pasada, pero desde entonces no he vuelto a dar con ningún otro ejemplar. La he mostrado a la gente que lleva más tiempo por Monreal y me dicen que la llaman «campanilla», pero no estoy segura de a qué familia adscribirla. Es como buscar una aguja en un pajar.

—¿Campanilla, dice usted? —pregunta Heinrich—. Me resulta familiar... He visto ejemplares parecidos, aunque llamados «quebrantapiedras».

—¿Quebrantapiedras? —Alba ladea la cabeza—. Qué nombre más curioso... Es más propio de un animal, ¿no le parece?

—Sí, es un nombre coloquial que...

De repente, Alba se queda mirándolo con los ojos muy abiertos, y exclama:

—¡Por supuesto! Pero ¿cómo no me he dado cuenta hasta ahora?

Heinrich la mira, fascinado. Es como si en el interior de la muchacha hubiera brotado un volcán de actividad y efervescencia. Se mueve por el estudio con precisión y velocidad, en busca de un volumen, que abre y empieza a hojear sin perder un instante. Tamborilea sus dedos impaciente contra la mesa hasta que encuentra lo que buscaba. Se echa a reír, dando palmas, y exclama:

—¡Soy una idiota! ¡Estaba claro como el agua!

—Señorita Alba...

—Mire, Heinrich, ¡si está clarísimo!

Señala una página del volumen. Heinrich lee en voz alta:

—«*Saxifraga*, del latín *saxum* (piedra) y *frangere* (romper, quebrar).»

—Es una descripción prosaica, en realidad —explica Alba, animada—. Como sabrá, Plinio calificaba de «*saxifragas*» a todas las hierbas capaces de eliminar las piedras del riñón, pero desde Linneo el término se aplica a la familia de plantas capaz de crecer entre las rocas. Son de raíces tan fuertes que emergen, literalmente, de la piedra. ¡Quebrantapiedras! Ha de ser una *Saxifraga*.

—Así es, la Península cuenta con numerosos ejemplares de *Saxifragas* —reflexiona Heinrich—, pero jamás he visto una como esta. Es muy similar a la *oppositifolia*, pero no tiene el tono púrpura de esta, ni tampoco la forma de ramillete típica de sus arbustos. Señorita, creo que tiene el honor de haber sido la descubridora de una nueva clase de *Saxifraga*.

Lo dice ceremoniosamente, con el semblante muy serio. Es el turno de Alba de sentirse azorada. La joven responde:

—Llámemme Alba, por favor. El padre Bernardo dice que, entre colegas, esas libertades están permitidas.

—Como quiera, Alba —dice Heinrich.

Hace una breve pausa, al probar su nombre de pila, en la que ambos reparan.

—Si fuera mi padre, brindaría con una copa de Jerez, pero me temo que solo puedo ofrecerle un poco de té o de café con pastas —dice la muchacha para romper el silencio.

—No hace falta. Tenemos mucho trabajo por delante: ¿tiene más ejemplares de la planta?

Alba niega con la cabeza.

—No. La encontré un día, mientras paseaba por el valle, entre unas rocas cercanas al nacimiento del río Cabriel, pero no he dado con ninguna otra.

—Entonces, lo más urgente es conseguir más ejemplares, para estudiarlos en profundidad y elaborar la ficha descriptiva completa. Es lo necesario para presentarla en sociedad —sentencia el alemán, y añade—: A la flor y a usted, como su descubridora.

Un temblor de felicidad y orgullo recorre el estómago de Alba. En ese momento, si lo había dudado alguna vez, lo sabe: quiere sentir eso cada día, durante toda su vida. Quiere dedicarse a la botánica en cuerpo y alma.

—Podemos hacer una excursión por la misma zona, la semana que viene. Quiero decir, si es que aún sigue en Santa Ana por entonces.

—¿Bromea? Nada me alejaría de este lugar —dice el alemán, y rápidamente añade—: No cada día se me presenta el privilegio de ser testigo de un descubrimiento botánico.

—Es una promesa, pues —dice Alba, sonriendo.

Sin que venga a cuento, quizá porque ha visto la ilusión en los ojos de la muchacha y le recuerda a la manera en que el sol brilla al amanecer en su país natal, Heinrich dice:

—Sería muy feliz en América, o en Asia, Alba. Allí hay plantas de colores tan vivaces que no hay bastantes horas en el día para descubrirlos. Yo mismo

tengo viajes pendientes más allá de las fronteras de nuestro continente, y las misivas de mis colegas que allí están establecidos hablan de mundos fantásticos, con árboles y plantas como nunca imaginamos.

Alba asiente, emocionada:

—¡No le costaría demasiado convencerme! He leído tanto sobre la flora y los animales de la Nueva España... Existen unos maravillosos volúmenes ilustrados de una naturalista de Ámsterdam, que seguramente usted conocerá: Maria Sybilla Merian. Viajó por Surinam, y aquí tenemos una copia de la edición de sus obras compiladas, con colores y animales exuberantes, como salidos de un sueño.

—Las Américas son un fértil territorio para la investigación. No en vano el viaje de Charles Darwin en el HMS *Beagle* ha cambiado, sin duda, el curso de la historia de la ciencia. ¡Lo que hubiera dado por estar en ese barco!

—¿Ha oído usted hablar de Susanna Moodie? Es una mujer que vive en las antiguas colonias británicas del norte de América. Me hice con un volumen de sus cartas, y es apasionante la descripción de la flora de esas tierras. Algún día querría viajar hasta esos lugares: las islas Galápagos, Valparaíso, Tierra de Fuego, Cabo de Buena Esperanza... —continúa Alba. Es fácil hablar con el alemán, y los nombres de lugares salvajes y lejanos se deslizan por su boca con la suavidad de una promesa. Parpadea, como si despertara de un sueño, y musita—: Pero no es probable que pueda hacerlo.

—¿Por qué no? Su madre alienta su inclinación, y seguramente su padre no pondrá objeción cuando comprenda que tiene usted una predisposición natural para el estudio. Quizá un viaje tan largo sea demasiado ambicioso, al principio, en atención a los riesgos que su salud correría. No olvide que estos lugares están infestados de enfermedades muy dañinas para los europeos. Pero un recorrido por las capitales de nuestro continente no está fuera de lo

razonable, y sería un inicio prometedor a una no menos prometedora carrera científica, como parece la que se presenta ante usted.

—No sé si podría convencer a mi padre para que me lo permitiera.

—Su facilidad para la botánica es una señal. Cuando alguien tiene un don, es su deber ejercerlo. Hacer otra cosa sería echarlo a perder.

Alba duda de si es apropiado decírselo, pero es agradable confiar en él. Le halaga, además, el convencimiento que tiene sobre sus capacidades científicas.

—¿Recuerda usted al señor Fernando Ruiz, el que estuvo en la cena de bienvenida que celebramos cuando llegó usted a Monreal?

—El caballero del ferrocarril —asiente Heinrich.

—Así es. Mi padre y él han invertido conjuntamente en la nueva compañía que ha de traer el tren hasta Teruel, y... Bueno, le ha pedido mi mano a mi padre. Me lo dijo ayer, antes de salir hacia Barcelona. Es probable que deba aceptar, porque... Bueno, no hay razón para decir que no. —Alba se calla de repente y dice, nerviosa—: No sé por qué le cuento esto. Quizá no debería. Lo siento.

El alemán no responde durante unos instantes, y cuando lo hace es en voz baja:

—Ha de ser natural para una señorita de su edad que los jóvenes se interesen por usted.

—A mí solamente me interesa mi labor botánica —se apresura a aclarar Alba— y estudiar, algún día, hasta convertirme en una naturalista.

—¿En España?

—O en Europa, tal vez.

—En Praga y en Berlín, las academias de la ciencia ya aceptan algunas señoritas entre su alumnado —dice Heinrich—. No tendré inconveniente en redactar cartas de recomendación para ayudarla, Alba.

Lo ha dicho impulsivamente, sin detenerse a pensar. Sabe que el mundo de

Alba Ruiz de Peñafiel está muy lejos del suyo, que los pasillos de la academia no son como los paseos por el valle de Santa Ana del Campo. Pero los ojos de la muchacha brillan con la ilusión del futuro que aún está en sus manos, y Heinrich no puede evitarlo: le gusta formar parte de esa ilusión.

19

Sueños



La casa de Santa Ana del Campo está en silencio. En verano, después de la comida, el sopor se instala en los recodos y pasillos, la siesta de los habitantes de La Solariega impregna hasta las paredes y las cortinas, las ventanas bajan sus párpados; hasta el porche bosteza cansado. Los gatos de la casa ocupan los rincones de sombra como generales haciéndose fuertes para un sitio. Alba está encerrada en su estudio, escribiendo febrilmente en su cuaderno, cotejando los especímenes de su herbario. No levanta la cabeza cuando suena un crujido en el pasillo porque reconoce el caminar de Luisa, ligero como el de sus mariposas. En la colina, un rumor de ovejas y de hierba fresca llama a la puerta acristalada y esta se abre de par en par.

Mercedes está escribiéndole a Eduardo. Su partida a Barcelona ha sido abrupta, motivada por las urgencias de la futura inversión en el ferrocarril y los incesantes mensajes de telégrafo que manda Fernando. «Alba y Luisa gozan como cada año de la belleza del valle de Cabriel en verano.» Qué pobre manera de decir que sus hijas son inmensamente felices, atareadas en su labor científica, que disfrutan de su estudio y de su libertad en Teruel, y que desearía quedarse a vivir allí, no tener que regresar en otoño a la ciudad donde la vida las empujará por otros derroteros. «Esperamos todas con ilusión tu regreso.» Con ilusión y también con aprensión: tendrán que hablar de la petición de mano del muchacho Fernando, que Eduardo dejó caer casualmente, como si fuera un comentario banal sobre el tiempo, antes de subir al carruaje que había de conducirlo a Zaragoza. Mercedes aún no ha hablado con Alba, pero ya sabe

cuál será su respuesta. «Si es que es libre de darla», piensa, pero no se atreve a decirlo en voz alta. Cuando Eduardo le propuso matrimonio, Mercedes no lo dudó: se había enamorado de él, y sus sueños de juventud quedaron eclipsados por la vida que su futuro esposo le prometió: una familia, un hogar del cual ella sería reina y señora. Pero sus hijas son distintas. Sobre todo Alba: la botánica da sentido a su existencia, y son tiempos de cambio, después de todo. En toda Europa, las mujeres reclaman más libertad, y hasta se habla del derecho a voto en Inglaterra. En este nuevo mundo que se fragua, quizá habrá un lugar para los sueños de sus hijas, si es que nadie lo impide. Toma otro sorbo de la tisana de hierbas que Francisca le ha preparado. Sigue escribiendo, y el rasgar de la pluma en el papel es el único ruido que la acompaña durante el resto de la tarde.

En la sacristía, el padre Bernardo y Heinrich comparten una taza de café, obsequio de don Eduardo, y un pedazo de tarta que Francisca le ha procurado al sacerdote.

—Si no fuera un sacrilegio, diría que hace menos calor en tierra sagrada — exclama el cura, limpiándose una gota de sudor que le resbala por la sien y desmiente lo que acaba de decir—. La arquitectura de las iglesias es uno de los prodigios de la historia, amigo mío. Y los masones que las erigieron sabían que habían de acoger centenares de fieles, por lo que era esencial que el aire corriese libremente por la nave. No debía ser fácil adorar a Dios entre vecinos malolientes.

—Pero así es la historia, ¿verdad? La grandeza y la miseria conviven y el ser humano avanza a trompicones, buscando elevarse hasta los altares, pero siempre hundido en el barro —dice Heinrich.

—Caramba que está usted melancólico. ¿Le ha sucedido algo? ¿Acaso algún

percance con la redacción de su próximo libro?

—No, en absoluto. Aquí todos me han acogido con calidez, como ya me lo anunció usted, y llevo trabajando sin interrupciones desde hace un mes —dice Heinrich, vacilante—. Es solo que...

—Hable con franqueza, ya sabe usted que admiro su trabajo y le ayudaré en todo lo que esté en mi mano.

Heinrich calla. Sabe que, a pesar de la sincera amistad que el padre Bernardo le profesa, no puede decirle lo que le sucede. Ni él mismo se atreve a pensarlo: a dejar que la verdad se haga un lugar en su mente y deje de perseguirlo por las noches en vela.

—Debo regresar a Praga cuanto antes —zanja—. Y aún debo visitar Portugal, por lo que tendré que irme de Santa Ana antes de lo previsto.

—Lamentaré perder su compañía, pero me alegra verlo volcado en su trabajo, amigo mío —dice el padre, afablemente.

Heinrich baja la cabeza. Si pudiera, se confesaría.

El silencio en la nave solo queda roto por el crepitar de las velas y el rumor de la brisa que atraviesa el pequeño claustro que conforma el patio de atrás de la sacristía, como si el edificio respirara con cuidado.

El portón de la cabaña golpea monótono el quicio. En el rincón, entre la paja y el montón de pieles de oveja, la cadena de oro de Luisa brilla encima de su corpiño mientras suelta trabajosamente los corchetes, uno tras otro. El corazón de la joven late desbocado, como el vuelo de una mariposa ebria de sol y de luz. La silueta de Antonio, el pastor, se dibuja en la puerta.

—Señorita.

No es una pregunta, es un saludo. No está sorprendido. ¿Por qué iba a estarlo? No es la primera vez. La joven se levanta, su ropa queda en el suelo,

y eso es todo cuanto es preciso para entender. El contraluz impide a Luisa leer su expresión, y el pastor sigue sin decir nada. «Mejor», piensa. Sin palabras, en silencio. Sentir, nada más que eso, dejar que su cuerpo encuentre un lenguaje. Se acerca a él y entonces ve que sus ojos brillan demasiado, como si estuvieran en el mar y fueran estrellas. Pero aquí no hay mar, se dice. Solamente tierra y ellos dos, un secreto al atardecer.

Las dos sombras se funden en un beso, y las manos buscan a ciegas la manera de hacer temblar al otro. Las horas desfilan, voluptuosas, hasta que se pone el sol. Cuando es noche cerrada, Antonio deja de abrazarla y Luisa se despide murmurando:

—Volveré.

Él no responde, solo hunde su cabeza en el regazo de ella, antes de que se levante. Luisa camina hasta La Solariega. La pasión se queda encerrada en la cabaña, bajo la luna.

20

Barcelona



La sala de la Bolsa de Barcelona está llena de hombres, chalecos y puros. Es un mar de sombreros y de mostachos, de mensajeros de las compañías que van y vienen, de efervescencia financiera, de nervios a flor de piel: todos con el ansia del dinero marcada en sus rostros, desde el más pobre y hambriento hasta el que acaba de cerrar una operación con beneficios. De repente, llega un grupo nuevo y desplaza el bisbiseo que había ocupado a los corrillos, y todos se arremolinan hacia los recién llegados. Un nuevo negocio empieza. En un lado de la sala, hablan tres hombres.

—Compañía del Ferrocarril para Teruel y Aragón: ¿qué le parece, don Eduardo?

—Es un nombre que promete —dice Eduardo.

—Y en menos de cinco años, gracias a la Compañía, Teruel tendrá ferrocarril, conectado con Zaragoza, Madrid y Barcelona. Imagínese. ¡Europa será la siguiente estación!

Fernando Ruiz resplandece, sus facciones tan satisfechas como si el ferrocarril ya estuviera aquí. Se pasa el pañuelo por la frente.

—Madre mía, ¡qué calor hace en Barcelona! Nada que ver con Madrid ni con París. Esto es asfixiante. Si no fuera porque aquí se hacen fortunas, ¿quién querría pasar tanto rato empapado en sudor? Ni siquiera es verano.

—Las fortunas también se pierden, señor Ruiz.

La gravedad de la expresión de don Eduardo causa cierto nerviosismo en el otro, que se siente obligado a proferir:

—Don Eduardo, ¿en qué mundo cree que vivo? De ninguna manera se hará nada que ponga en peligro el bienestar de los socios de la Compañía. ¡Y

menos de usted, señor! Si hasta mi hermano ha invertido dinero, ¿verdad, Ángel? Estamos ante una oportunidad que no podemos dejar pasar.

El interpelado asiente, pero una profunda arruga surca su frente, como si hubiera nacido preocupado.

—No dudo que así sea, pero tengo mis reservas acerca de esta nueva manera de ganar dinero. Antes, para eso hacía falta vender mercancías, fabricar algo que la gente quisiera comprar —dice Eduardo, y hasta él se da cuenta de que sus palabras suenan ya avejentadas, de otro siglo. No le gusta este mundo de prisas y promesas, donde el dinero ya no está quieto en el banco sino flotando en el aire, llevado por el telégrafo de Londres a Barcelona, de Barcelona a Nueva York. No lo entiende.

—Si es lo mismo, don Eduardo: simplemente, lo que se compra no existe aún. Al invertir, usted apuesta por el futuro, ¿comprende?

—Como cuando uno juega al casino —replica Eduardo.

—La comparación no es muy halagüeña.

—Pero es cierta.

—Don Eduardo...

Fernando ni se atreve a sugerirle que no participe en la Compañía, si no está convencido de la operación. Sería una catástrofe perder al principal prohombre de Albarracín, porque cuando uno se va, otro le sigue y así se producen las desbandadas, y se hunden las compañías. No es la primera vez que sucede, lo ha visto de primera mano. La conversación lo ha puesto aún más nervioso y se limpia la cara con el pañuelo. Una gota de sudor baja por su sien y se mete por el cuello de la camisa. Lo último que necesita es entrar en pánico antes de presentar la compañía a los inversores, cuando han venido a Barcelona precisamente a recaudar más dinero, porque siempre hace falta más, hay que pagar anticipos a cuenta, garantizar fondos, costear viajes para los ingenieros, apalabrar el hierro en las fábricas inglesas, la madera que se

corta en los bosques del norte, el salario de los obreros, el alquiler de unas nuevas oficinas bien situadas, cenas y comidas en las que presentarse... Todo lo que un monstruo moderno precisa para arrancar. Siente una opresión en la sien, está cansado cuando debería derrochar energía. Y además, está Alba. El premio al final del camino, su entrada por todo lo alto en la mejor sociedad aragonesa.

—Yo le aseguro que respondo por el dinero de los inversores con todas mis acciones —declara solemne—. Don Eduardo, ¿acaso cree que pondré en peligro el futuro de mi prometida?

Eduardo lo observa.

—Espero que no, Fernando. Por el bien de mi hija, espero de veras que no.

—Por el amor de Dios, don Eduardo, le juro que...

Fernando lo mira fijamente, desesperado. Eduardo confunde en la intensa preocupación del otro su codicia a punto de frustrarse con la impaciencia de un enamorado capaz de enfrentarse a los escollos que el destino le pone.

—No quiero ser el obstáculo para el desarrollo de la sierra de Albarracín —dice por fin Eduardo, entre incómodo y resignado—. Así es la economía hoy en día. ¿Qué cantidad adicional necesita, Fernando?

Aliviado, el joven empresario sonrío. Su hermano y él se dan palmadas en la espalda, satisfechos. Se reparten puros, se elige un buen restaurante para celebrarlo.

En la sala, el griterío de una nueva compra de acciones ensordece las conversaciones. Todo vuelve a empezar.

21

Una excursión



—¡Allí está la cabaña! —señala Alba la colina elevada.

Hace calor, la primavera en el vallecillo es así, prima hermana del verano. Se oye un ruido cercano, un deslizarse de susurros que no salen de garganta humana y besa las piedras pulidas de la montaña hasta llegar al río. Es la nieve del invierno deshaciéndose, cayendo sobre el valle y apagando la sed de los árboles y de los rebaños. El caudal pronto crecerá y en sus orillas brotarán con más fuerza los cabellos de Venus, unos helechos que su madre suele tomar en infusión y que calman su tos. Alba se inclina para arrancar un puñado y guardarlo en su bolsa.

Se levanta y mira feliz a su alrededor.

—Mire allí, ¿ve? En lo alto de la sierra —señala—. Es un sabinar, de los más antiguos que se recuerda en la provincia. Llevan siglos aquí, y vaya usted a saber cuántos inviernos han sobrevivido. Ahora que deshiela, pienso subir hasta allí para dibujarlos.

Heinrich Willkomm observa el dedo de la muchacha y la mancha diminuta de árboles plateados en la cima de la sierra, a más de mil metros de altitud. Se vuelve a mirar a Alba, incrédulo.

—Pero... se trata de una ascensión bastante arriesgada.

—Eso mismo dice el padre Bernardo —responde Alba, dejando muy claro, con expresión traviesa, la opinión que le merece la precaución del cura.

Heinrich sonrío sin poder evitarlo. La alegría de la chica es inocente como un pájaro, ligera como la misma brisa de la sierra que baja con el regusto fresco de la nieve más pura.

Ascienden los dos lentamente la colina, hasta la cabaña. Alba saca la llave

y abre el portón, y Heinrich se ocupa de sacar las dos tumbonas. El alto alemán de piel clara abre las dos sillas, como si la playa estuviera a dos pasos y estuvieran a punto de zambullirse en las aguas de Biarritz o de sumergirse en las cuevas de Capri. La sierra los contempla mientras las dejan instaladas a orillas del río, y Alba se sienta en una, bajo la sombra de un pino negral. Sus agujas alfombran el suelo y suavizan las piedras, tanto que Alba se afloja los botines. Inspira profundamente y cierra los ojos.

—Parece que la sierra respire, ¿verdad? ¿Le parece que tomemos un refrigerio y luego vayamos al nacimiento del río?

—Estoy a sus órdenes —dice Heinrich, y se sorprende porque se da cuenta de que así es. Realmente nada le resulta más apetecible que dejarse llevar, en este paraíso tranquilo, por la vitalidad de la muchacha.

Alba se gira y abre el cesto de mimbre que Francisca le ha preparado, con un poco de pan cortado, queso y embutidos de Teruel. Frunce el ceño.

—¿Qué sucede?

—Francisca ha puesto vino. Le tengo dicho que no me gusta.

—¿No le gusta el vino?

—Bueno, no es eso —dice Alba—. Es que una vez en una cena me sentó mal: me mareé y pasé muy mala noche, y desde entonces no lo pruebo.

Heinrich sonrío.

—Si quiere, voy a por agua del río y podemos tomarlo aguado.

Alba asiente.

—Buena idea.

Comen en silencio, acompañados por el canto de los pájaros y los crujidos de seres vivos y ramas inertes que componen la música de la sierra. Alba toma un sorbo del vino con agua, y el caldo se desliza por su garganta con suavidad. Como en una orquesta de aire, madera y piedra, todo susurra en armonía. Cuando terminan, Alba dice:

—Estamos cerca de mi rincón preferido del valle. ¿Quiere verlo?

—Claro que sí.

Es contagioso el entusiasmo de Alba. Heinrich comprende que a cada minuto que pasa, su partida se volverá más difícil. Por eso, o por el vino que acaba de beber, se siente obligado a decir abruptamente:

—Echaré mucho de menos todo esto cuando me haya ido.

Y una vez las palabras han salido de su boca, un alivio extraño se apodera de él, como si los inconfesables sentimientos que lleva semanas ocultando por fin pudieran quedar expuestos a la luz de este sol.

—¿Se va usted? —pregunta Alba, intrigada.

—Debo terminar el volumen sobre flora de la Península en el que estoy trabajando —responde Heinrich, y sus propias palabras le suenan a excusa.

—Por supuesto —responde la joven.

—Y mi cátedra está en Praga —y unos segundos más tarde añade—: Mi familia también.

—Hábleme de Praga.

Heinrich la mira, sorprendido. Esperaba... No lo sabe. Todo en esta joven es desconcertante. La expresión de Alba es serena, como si no acabara de oír el final de algo que aún no ha empezado. «Que jamás debe empezar», se dice Heinrich.

—Praga es como una mujer: tiene siglos de sabiduría y sufrimientos clavados en sus costillas de piedra, y al mismo tiempo es lozana y pura. Cada noche uno cree conocerla y cada noche se revela nueva, en rincones y costumbres insospechadas. Me conquistó desde el momento en que la vi, y nada deseo más que hundir las raíces de mi vida en ella.

Se calla súbitamente, y evita mirar a Alba.

—Qué manera tan singular de describir una ciudad —dice ella, amable, y es como si pudiera ver el interior del alma de Heinrich.

El sol está en mitad del cielo. Levanta el rostro hacia el cielo, y advierte:

—Será mejor que nos pongamos en marcha o se hará de noche antes de que podamos volver a La Solariega.

Heinrich y Alba siguen el río hasta que se convierte en un meandro. Los árboles que sombrean el valle van mutando, un desfile de mudas estatuas de madera y verde: arces, avellanos, pinos, saúcos, cada tronco una historia. Aquí y allá Alba se detiene y esboza trazos rápidos en su cuaderno: el rasgar de su lápiz se une al concierto de los pájaros, las cigarras y el riachuelo, una melodía de naturaleza mientras la joven logra concitar en las gruesas hojas de papel las ramas, frutos y hojas que han sobrevivido al invierno.

—Lo llaman los Ojos de Cabriel, porque es el nacimiento del río.

Caminan un poco más en silencio. El lecho de hierba se hunde, mullido, bajo sus pasos. No hay nadie en leguas a la redonda.

—Allí, ¿ve?

El río se ha estrechado hasta meterse en una garganta de rocas. Caen sendas cascadas de agua desde lo alto, como dos ojos que lloran y que blanquean con su espuma el fondo verde de la laguna. Las rocas abrazan el manantial como una amante celosa, y convierten el rincón en un secreto.

Heinrich parpadea, mudo de admiración. Es una conspiración de la naturaleza, un fuerte de piedra y agua para que el ser humano no estropee la belleza salvaje de este refugio. A un lado, se erige un antiguo molino, ya abandonado. Los matorrales y setos de plantas que pueblan la orilla del pequeño lago tiñen el agua de reflejos violetas, verdes y azules. El aire es espeso, cargado de aromas.

—Es un pequeño milagro, ¿verdad? —exclama Alba, feliz al ver la reacción embelesada del alemán—. En medio de esta sierra dura, en este

pedazo de cielo en la tierra brotan un puñado de preciosas flores y plantas resistentes a todas las amenazas —prosigue, mientras se quita los botines, los deja en la orilla y hunde los pies en el fondo de la laguna, refrescándose—. Setos de boj, orejas de ratón, farolillos de río, y más arriba, rampiones de cabeza redonda, diente de león... Arbustos de ontina y cistáceas, en las rocas, de un color amarillo más vivo que el sol. Hierba de Santiago, muy venenosa. He llegado a ver madreselvas etruscas, de las que por aquí llaman matahombres.

—«Matahombres» suena terrible —dice el alemán, pero querría decir mucho más. Se vuelve a mirar a la muchacha, que sigue recitando nombres de flores sin pausa, una caricia tras otra. Tiene la piel de los tobillos fina y, como su nombre, blanca. Lleva un vestido de cuello alto y, encima, un colgante que brilla al sol.

—¡Peor es la *Lithodora*! La llaman la hierba de las siete sangrías. Me lo dijo Francisca, nuestra ama —dice Alba, girándose hacia él y sonriendo.

Heinrich no ha dejado de mirarla, pero ahora, con el sol cayendo sobre sus cabellos morenos y con las mejillas sonrosadas, es como una náyade que emerge de un manantial. De repente, sus ojos se encuentran y Alba se sonroja.

—Más allá, cerca de la otra orilla, hay varas de oro, hierbas de Santa Lucía, granos de amor e higuera del infierno...

La voz de Alba se mezcla con el agua de la cascada.

—Siga hablando, se lo ruego —dice Heinrich.

—¿Por qué?

—Porque si no lo hace, tendré que hablar yo.

Alba guarda silencio y cuando responde, sus ojos brillan.

—Dígame lo que sea. Este lugar es sagrado: aquí venían las mujeres a rezar a los dioses, a pedirles hijos, fortuna, un marido. Aquí yo le pedí al cielo que me diera libertad, que trazara para mí un camino distinto.

—¿Y cree que los dioses atendieron sus peticiones?

—Algunas. —Sonríe ella, y habla con claridad desarmante—. Más de las que esperaba. Tengo una pasión que me satisface más allá de lo que jamás habría soñado, energía suficiente para luchar contra cualquier obstáculo que me impida crecer en ella... Y mi camino se ha cruzado con un hombre excepcional, que entiende y habla mi idioma, que es el lenguaje de las flores y de la naturaleza. No sé si tengo derecho a pedir más.

Heinrich cierra los ojos. Un remolino de razones martillea su cerebro mientras su corazón late más fuerte. No sabe qué pasa, está perdido. El agua fresca, el aire puro y las plantas conspiran contra él. Da un paso, y luego otro. Sus pantalones se empapan al vadear el lago. No le importa. Alba espera, de pie y sin moverse.

La cadenita resplandece sobre su cuello, y Heinrich, más tarde, recordará el brillo del oro sobre la piel blanca y mojada de la joven y sus labios rojos de color granada al besarla por primera vez.

22

Ojos de Cabriel



—En mi país hay montañas que se elevan hasta el cielo, clavándose en las nubes. Pasaría horas recorriéndolas, nunca se acaban —dice Heinrich. Han hecho del lago su lugar secreto. Alba siente una punzada de envidia porque Albarracín es más humilde, sus montañas se quedan a los pies del cielo.

—Esto debe ser muy distinto para ti. Más pequeño e insignificante... — replica, decepcionada. Jamás supo mentir, su cara es un cristal transparente que exhibe lo que piensa. Más de una vez su madre la riñe por ello y ella no sabe qué hacer, porque no puede cambiar su rostro. Por eso mira fijamente al cielo, esperando que él no se dé cuenta.

—En absoluto. Sabes que no es así —dice él.

Y la respuesta es tan clara, está todo tan dicho en esa frase breve, que Alba no sabe qué responder, ella un libro y él su único lector. La besa, y acaricia su pelo negro que se derrama sobre la hierba a la orilla de la laguna de Cabriel. El sabor de sus labios sigue siendo fresco, nuevo. Alba suspira.

Lo saben. Lo supieron desde el momento en que sus dos pieles se hablaron y la carne siguió el compás del instinto. Después del primer beso y las primeras caricias de hace unos días. Después de todo lo que les ha unido y les separa. Esta tarde, cuando se han citado para volver a encontrarse, Alba ha dejado que Heinrich se deslizara dentro de ella, se ha mordido los labios cuando ha sentido el primer dolor. Al percibirlo, él ha hecho ademán de retirarse, pero ha sido la joven quien le ha detenido, con el ceño fruncido y miedo en la mirada, miedo a perder el instante que tanto deseaba conocer. Suavemente, Heinrich ha seguido, hasta que ha llegado para los dos, lenta y voluptuosa, la marea de placer que aún persiste, en sus pechos, en su sexo, lugares que hasta

ahora dormían y se han despertado, y que nunca jamás podrá olvidar. El gemido de él, gutural, ha resonado en la laguna, espantando a los pájaros. Desde ahora siempre recordará este momento cuando escuche el batir de sus alas.

Heinrich se siente culpable. Nada podrá borrar eso. Tampoco quiere olvidarlo, por nada del mundo, y eso hace que se sienta aún más culpable.

Se cubre la cara con las manos.

Alba siente tristeza, envidia y celos de esa vida que le pesa como una cadena, de la fuerza de la culpa que siente. Se clavan en su pecho como la afilada cuchilla con la que Francisca degüella los cerdos el día de San Martín. Es inaudito que su corazón no se detenga, después de lo que ha vivido ella estos últimos días. Pero no lo hace. Sigue bombeando sangre, y a su lado el hombre de ojos de azul tormenta que la miran con franqueza y le piden que le perdone. ¿Cómo decirle que no es necesario?

A su lado, las prendas de él están amontonadas, y encima del montón brilla una con el sol del verano.

—Jamás había visto un chaleco de terciopelo —bromea con ligereza, para distraerlo. Él levanta la cabeza y la ternura que despiden sus ojos la conmueve—. Heinrich, escúchame. Eres un hombre, y yo ya una mujer. A mí me gusta descubrir cómo es el mundo, y los hombres y las mujeres forman parte del mundo —dice Alba.

—No debería haberte tocado.

—Quizá tienes razón. O quizá es lo mejor que nos ha sucedido.

Los besos silencian cualquier otra palabra.

—Tenemos que volver —dice Alba, al cabo de un rato.

El sol le da la razón, pues se acerca cada vez más a las colinas. Es pasado el mediodía, y en La Solariega se preguntarán dónde están. Lentamente, se visten, la piel de la civilización de nuevo sobre sus cuerpos, la medida que

han perdido por unas horas. El camino de regreso se hace cada vez más pesado, porque saben que abandonan un oasis y que por delante solo queda el desierto de la realidad. Caminan con las manos entrelazadas porque aún están solos.

Por el río, en la orilla, Alba se detiene de repente.

—Mira, Heinrich. ¡Es la flor, la *Saxifraga*!

Señala una planta de tallo humilde, una flor en forma de pequeña campana, abierta y blanca, que brota en un pequeño arbusto, no más alto de un codo.

Heinrich se acuclilla y la observa atentamente.

—Se parece a ti: es sencilla y fuerte a la vez, y su belleza se apodera de uno en silencio, casi sin darte cuenta. Hay que nombrarla. Y solo puede llamarse de una manera: *Saxifraga alba*.

A Alba le brillan los ojos. Se agacha para hacerse con la flor, con delicadeza, y la guarda en el bolsillo del chaleco de Heinrich, para más tarde conservarla en su herbario.

Bajan lentamente de vuelta a la finca.

Son conscientes de que cada paso les aleja del paraíso en el que les hubiera gustado quedarse para siempre.

23

Una despedida



En La Solariega, la familia y el padre Bernardo se reúnen para despedir al huésped alemán.

—Me ha dicho Francisca que ayer pasaste todo el día fuera, Alba —dice Mercedes, sentada en el comedor durante la cena

—Sí, madre. Lo siento, quería enseñarle los Ojos de Cabriel al señor Willkomm antes de que se fuera, y se me hizo tarde.

Qué absurdo, hablar de él mencionando solo su apellido, fingir que no conoce su verdadero ser, sus ojos de amor y deseo. No se atreve a mirarlo.

—¿Habéis ido solos al valle? —pregunta Mercedes, sorprendida.

—Yo les he acompañado, madre —dice Luisa, y las dos hermanas cruzan una mirada—. Hemos estado en el río y luego... Luego...

Mira a Alba, y esta prosigue:

—Luego hemos vuelto cruzando campo a través, para ver si cazábamos alguna mariposa para Luisa, pero no hemos tenido suerte.

—Ha sido un paseo de lo más fructífero: la señorita Alba ha descubierto una flor que yo jamás había visto durante mis viajes por España, y hemos conseguido un ejemplar —dice Heinrich.

—¡Qué maravilla! —exclama el padre Bernardo, entusiasmado—. Es una noticia botánica de primer orden.

—Tanto es así, que me dispongo a escribir una comunicación sobre dicha flor, y con su permiso me gustaría mencionar a la señorita Alba y bautizar la flor con su nombre.

—¿Una comunicación? —pregunta Mercedes.

—Es una ponencia científica —explica Heinrich—. Estoy invitado al

Congreso Internacional de Botánica y Horticultura que se celebrará en París, como parte de la Exposición Internacional. Y creo que la *Saxifraga alba* bien se merece darse a conocer en el congreso.

—Esto es fabuloso, ¡qué gran honor, señorita Alba! Para usted y para nuestro país, en el escenario más importante de la ciencia botánica —dice el padre Bernardo—. Es una oportunidad única.

Alba no se atreve a levantar la vista, porque teme que el amor y la alegría que siente se desborden, le caigan por ojos y boca, cubran la mesa de felicidad, y que su madre lo sepa todo con solo mirarla.

—Muchas gracias, señor Willkomm —musita.

—De hecho... —Heinrich carraspea— había pensado que quizá sería una buena ocasión para el viaje de usted, señorita Alba.

—¿Qué viaje? —Mercedes enarca las cejas.

—Bueno, el Jardín de Plantes está en París, y el señor Willkomm se ha ofrecido a ser nuestro guía si visitamos la ciudad durante el congreso.

—Además, sería un placer presentarle a mis colegas botánicos que también asistirán —interviene Heinrich.

—Eso sería un gran honor —añade Alba rápidamente.

Mercedes mira a su hija afectuosamente y dice, prudente:

—Es usted muy amable, señor Willkomm. Lo consultaré con mi esposo, pero me parece una idea muy buena.

El ruido de cuchillos y tenedores acompaña a los comensales hasta la hora del café, tras la cual el padre Bernardo y Heinrich se retiran a la iglesia. El tren de Heinrich parte desde Zaragoza al día siguiente.

Por la noche, Alba se viste sigilosamente y sale de La Solariega en dirección a la iglesia. En la nave, en una capilla tal y como han convenido, la

espera el alemán. No hablan durante unos instantes, dejan que hablen sus labios.

—¿No puedes quedarte unos días más?

Heinrich sacude la cabeza.

—Todo está organizado y yo debo... He de volver a Praga. Allí está mi trabajo, mi vida...

—Y tu familia. Lo sé.

Ambos lo saben.

—He de volver —repite—. ¿París, quizá?

—Ojalá —dice Alba.

—Te escribiré.

—No es necesario.

—Me olvidarás, si no.

Alba, incrédula, responde:

—¿No sabes que te llevo dentro? ¿Que jamás podré olvidarte? Está bien. Escríbeme cartas largas y aburridas, y en ellas háblame de tu vida y de tus investigaciones, pero ni una palabra de amor —dice Alba, sonriendo.

—No lo entiendo.

—Porque todas lo serán. Como Abelardo y Eloísa. ¿Conoces su historia? Fueron amantes y tuvieron que separarse, pero nunca dejaron de escribirse.

Lo besa.

—¿Contestarás?

—Quizá sí. O tal vez esperaré hasta que volvamos a vernos.

«Si volvemos a vernos», piensan los dos.

Heinrich acaricia su mejilla.

—Soy un hombre de ciencia, Alba, y mi espíritu y el tuyo son iguales. No hay explicación para lo que ha pasado, para lo que siento por ti. No hay lógica, ni razón.

—Por lo tanto, soy un enigma sin solución —dice Alba, burlona y tierna a la vez.

—Uno que siempre querré descubrir.

—No es ningún misterio, Heinrich. Simplemente, has cambiado mi vida. Me has descubierto un mundo que yo solo vislumbraba. Te estaré agradecida para siempre.

—¿Agradecida? —pregunta Heinrich.

Alba sonríe.

—Más que agradecida.

También ella ha cambiado la vida del alemán. Su pequeña flor Alba de Teruel, la manera sencilla en que su cuerpo y su espíritu contienen todo el amor que Heinrich siente por la naturaleza.

—¿Me darías tu cadena? —dice Heinrich—. Quiero algo tuyo que llevar conmigo.

Teme que parezca un capricho, cuando es tan importante para él. Tener un pedazo de Alba en su bolsillo, poder mirar el objeto y verla a ella con el colgante al cuello. A miles de kilómetros de distancia, saber verla en la alhaja que llevará siempre al alcance de la mano.

Alba se lleva las manos al cuello y le entrega el collar sin dudar.

Es una promesa y una esperanza.

Cuando regresa hacia La Solariega, Alba oye ruidos en el jardín. Más allá de las antorchas, donde las sombras juegan, se oyen respiraciones entrecortadas.

—¡Hola! ¿Quién hay ahí?

Se hace el silencio, y la voz clara de su hermana Luisa dice:

—Alba, he salido fuera para que me dé un poco el aire fresco. Ahora subo.

Después, cuando vuelve a la habitación, Alba dice:

—No estabas sola.

—Tú tampoco.

Es la primera vez que las dos hermanas se hablan así. No están enfadadas, ni es una acusación. Simplemente, han descubierto que ya no son niñas, y que en el cuerpo de la compañera de infancia habita otra persona, una extraña que es adulta, una mujer nueva a la que deben volver a conocer. Se miran con curiosidad. Alba pregunta:

—¿Por qué le has dicho a madre antes que estabas conmigo y con Heinrich en Valdecabriel?

—Porque si hubiera sabido que estabas a solas con él, se habría disgustado. Y aún más: se habría enfadado contigo.

Alba se encoge de hombros.

—No sé por qué motivo. Hemos salido cien veces al valle con el padre Bernardo, y Heinrich es un invitado suyo.

Luisa hace una pausa y dice:

—Pero es la primera vez que alguien ha pedido tu mano, y no puedes jugarle tu reputación.

—Tienes razón. —Alba se sienta en la cama y se envuelve en un chal. Empieza a temblar—. Tengo que hablar con madre. Decirle que jamás pienso casarme, y menos con alguien como Fernando. ¿O crees que me obligarían, como a Elena?

Por primera vez en su vida, Alba tiene miedo. Ha tomado conciencia de que tiene algo real que perder: sus sueños.

Luisa se acerca y la abraza.

—Duérmete. Ya habrá tiempo de hablar con madre. Por de pronto, Fernando está en Barcelona y nadie va a casarte ni a distancia ni a la fuerza.

Alba cierra los ojos. Aún no se ha acostumbrado a los lobos, y quiebran su

sueño con sus aullidos en la noche.

24

Cartas



Semana tras semana, la casa parece más vacía y silenciosa que de costumbre sin la presencia del patriarca. Mercedes se retira temprano, cansada. Se enjuaga la boca con agua y limón, se trenza el pelo para retirarse a dormir, y relee la carta que acaba de recibir de Eduardo mientras sorbe el tónico que le ha recetado el médico, de sabor metálico y desagradable. Hace una mueca al tragarlo. «Querida mía, debo quedarme un tiempo más en Barcelona. La inversión en el ferrocarril ha crecido hasta convertirse en un monstruo que devora todo mi tiempo. Fernando y Ángel no dan abasto, aceptando inversores que acto seguido me veo obligado a recibir y agasajar, día tras día, como si mi presencia en la Compañía fuera tan importante, o más, que el hierro que se encarga a los fabricantes ingleses, o los travesaños de madera que se están cortando en los bosques del norte.» Se echa hacia atrás y suspira. Un rumor de tos asciende por la garganta, y se lleva el pañuelo a la boca. «No te oculto que vuestro viaje a París me preocupa un poco: ojalá el padre Bernardo os hubiera podido acompañar, y así me quedaría más tranquilo. Pero confío en ti, querida, y me reuniré con vosotras, pues es más agradable el viaje desde Barcelona a París en primavera, y será una buena ocasión para compensarte por mi ausencia. Iremos al teatro y a pasear por los Campos Elíseos.» Mercedes entrecierra los ojos y se deja llevar por una duermevela teñida por el crepúsculo.

Llegan cartas desde Praga. Alba las abre con fruición, son regalos. En ellas Heinrich le cuenta sus días, el herbario que está compilando sobre la flora de

España, le habla de la Academia de Botánica de Praga y de los planes para crear una liga de sociedades naturales continental. Le dice que la *Saxifraga alba* que se llevó de Valdecabriel sigue preservada en su despacho de la universidad, le habla de los cielos grises y bellos de Praga, copia extractos de los últimos artículos sobre ciencia botánica publicados en las revistas académicas, enumera todos los rincones que recorrió después de dejar Santa Ana del Campo. Termina siempre con una pregunta: «¿Cuándo me escribirás?» Alba sonríe, pero no responde sus cartas. Las besa, las guarda, y sueña con darle todas las respuestas cuando vuelvan a verse.

25

París



París es deslumbrante. El primer lugar que Alba visita, después de instalarse en el hotel junto a su madre y Luisa, es el Jardin des Plantes. Pasea envuelta por el aroma de las flores, y graba en su retina la perfección de los setos y arbustos creados por los maestros paisajistas franceses. Tenía razón Heinrich, piensa. Mañana lo verá. Después de meses y meses leyendo sus cartas, oyendo su voz en silencio, y conteniendo sus ganas de poner en el papel toda la felicidad que sus cartas le procuran, por fin lo verá. Mercedes no se encuentra bien, sigue fatigada del viaje, y Luisa se queda con ella para cuidarla. No ha sido fácil convencer a su madre de que la dejara ir sola al congreso de botánica, pero el padre Bernardo ha jurado y perjurado que sería una experiencia incomparable, y Mercedes ha escuchado al sacerdote. Alba no sabe si la energía que recorre sus venas es por la sensación de libertad que siente al andar sola por la calle, o porque en unas horas verá a Heinrich.

El calor de agosto es difícil de soportar. La ciudad es dura para sus habitantes, llena de carruajes y gente ocupada que va de un lado a otro sin cesar. Los paseos placenteros están reservados para los ricos; el resto del mundo siempre tiene prisa. Alrededor de la clase pudiente revolotea un enjambre de criados: botones, limpiadores de zapatos, lacayos, conductores de carruajes, porteadores, porteros, criadas, damas de compañía. Todos se distinguen porque sus ropas están escrupulosamente limpias y remendadas, pero son de colores negros, marrones y oscuros. Sus dueños, en cambio, se visten con el arcoíris y las telas más extravagantes: tafetanes, terciopelos, seda.

El palacio del Trocadero es una de las joyas de la corona de la Exposición Universal, y como tal la gente acude a visitarlo, a maravillarse ante su estilo de ecos orientales, casi fantasiosos, tan diferente de la clásica arquitectura francesa. Dicen que está inspirado en la Giralda de Sevilla, pero Alba nunca la ha visto. Una inmensa cascada artificial cae sobre los jardines desde un manantial, y el pórtico es enorme, como si hubiera de cruzarlo un ejército de gigantes. En la parte central, dos torres de estilo morisco flanquean el patio central. CONGRESO INTERNACIONAL DE BOTÁNICA Y HORTICULTURA, reza un enorme cartel. Pasea por el vestíbulo hasta localizar el tablón que anuncia el orden y lugar de las conferencias del congreso y rápidamente ve el título que le hace dar un respingo de felicidad.

*Observations sur quelques plantes nouvelles
ou critiques de la flore d’Espagne et des Baléares,
par M. Heinrich Moritz Willkomm.*

Se adentra intimidada en la sala, temiendo que en cualquier momento alguien la señale y la expulse de allí, como si no tuviera derecho ni siquiera a escuchar a los hombres hablar de ciencia. Siente envidia al verlos arremolinados en corros, debatiendo y compartiendo conocimientos, puntos de vista, hallazgos, incluso cuando hablan y gesticulan de manera airada, igual que si estuvieran a punto de desafiarse a un duelo allí mismo. Ojalá alguna vez tuviera la fortuna de poder exponer sus propios descubrimientos en un congreso de botánica, desde el estrado y no sentada entre los asistentes. Se instala en una de las hileras más alejadas, pero con buena visibilidad. La locomotora que les ha traído hasta París no latía tan veloz como su corazón. Poco a poco, en la sala van entrando más caballeros, todos serios y con levita, y alguno que levanta los anteojos para observarla, siempre con desaprobación.

Por fortuna también hay unas pocas damas, acompañantes o curiosas que se sientan en las últimas filas, a su alrededor, una piña de desconocidas que intercambian miradas amables, unidas por su sexo en la marea de levitas negras. Esa mañana ha comprado un sombrero de terciopelo gris y violeta, un capricho parisino. Una coquetería de la que repentinamente se avergüenza. Aprieta su cuaderno de notas como un escudo protector. Querría decirles a todos que hoy está aquí para escuchar, pero que dentro de unos años será ella la que tendrá un lugar en la mesa de los conferenciantes, y serán ellos los que prestarán atención a sus palabras. Los ponentes salen al estrado y se instalan frente a la larga mesa de caoba, cada uno con sus papeles. El último es un hombre alto, de pelo rubio y frente despejada.

—Y finalmente, he dedicado esta especie —dice Heinrich, señalando la ficha con la delicada flor blanca— a la señorita Alba Ruiz de Peñafiel, joven dama noble, que con gran celo y éxito se ha aplicado al estudio de las plantas de su bella patria. Explorando las rocas de la villa de Valdecabriel, en Teruel, descubrió entre una multitud de especies raras y curiosas esta nueva *Saxifraga* que propongo se llame *Saxifraga alba*, en honor de la joven.

Cuando termina su comunicación, se levanta y todo el mundo aplaude. Él sonríe, satisfecho. ¿Estará allí? ¿Habrà venido? Recoge sus papeles y sus colegas se acercan para felicitarlo. Un corro de rostros y miradas de admiración le rodea durante varios minutos. Estrecha manos, recibe palmadas en la espalda. Un colega le invita a cenar, otro le propone un seminario de especialistas en su casa, dentro de dos semanas. Ha venido a París para esto, su conferencia ha sido un éxito. Pero esperaba más: la esperaba a ella. Los pasos de los asistentes se apagan, las modernas luces eléctricas de la sala también bajan de intensidad. Heinrich suspira, cansado, y toma su cartera de

mano. Cuando levanta la vista, divisa su rostro blanco, sus cabellos oscuros, un sombrero violeta. La joven levanta la mano enguantada y desde el otro lado de la sala, cerca de una columna, sus labios esbozan una sonrisa. Heinrich se acerca lentamente a Alba. Frente a frente, ninguno de los dos dice nada. Echan a andar al unísono y sus pasos se unen al latido de la ciudad resplandeciente. Nadie más ve sus caras sonrientes.

Después, Alba se levanta y abre la ventana de la habitación para que corra la brisa de la tarde. Es hermosa como un espejismo, piensa él.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —pregunta.

—Dos semanas, y luego mi padre viene a buscarnos. ¿Por qué? ¿Se te ha hecho largo? —dice Alba, feliz, cubriéndole de besos.

En el silencio de ambos, por la ventana abierta suben las risas de la calle.

—Esta ciudad es un sueño —suspira al cabo de un rato.

—La veremos juntos —promete Heinrich— y te presentaré a varios miembros de la Academia de Ciencias Naturales.

Alba hunde su mentón en el pecho de él y dice:

—Quiero estudiar, Heinrich, y dedicar mi vida a la botánica. Viajar por todo el mundo, descubrir la flora de cada país. Y al mismo tiempo, no quiero salir de esta habitación porque temo que sea un sueño que acabe en cuanto cruce el umbral.

Heinrich la abraza con fuerza.

El sol se pone, pero la ciudad sigue iluminada.

—No has contestado mis cartas —dice el alemán.

—Mi respuesta soy yo. El día en que te escriba, nos convertiremos en Abelardo y Eloísa, y el papel será el lugar de los sentimientos y de los sentidos. Por ahora...

Vuelven a besarse.

La vibrante electricidad, caída ya la noche, serpentea por la avenida de la Ópera, y su luz clara y fría acompaña a Alba en el regreso hasta su hotel. Él ha insistido en acompañarla. Pero ella ha preferido volver sola, y dejar que la ciudad la envuelva.

Cuando sube a la habitación, Mercedes la espera sentada en uno de los sillones, con aspecto fatigado. Alba parlotea, con las mejillas arreboladas. Quiere disimular su felicidad y al mismo tiempo no puede evitar que la alegría desborde sus labios.

—Madre, ¡ha sido maravilloso! El señor Willkomm ha presentado su comunicación, ¡y figúrate que me ha mencionado, tal y como prometió! Dice que podría presentarme a varios miembros de la Academia de París, en el seminario que impartirá con unos colegas botánicos. Sé que es pronto, pero quiero decirte algo. He decidido que quiero estudiar en la universidad: en Madrid, en Zaragoza o en Barcelona, ciencias naturales. No me importa dónde, pero no puedo vivir sin la botánica. Hoy... he sido tan feliz, madre.

Le brillan los ojos.

Mercedes la mira, apenada. Está cabizbaja.

Su silencio inquieta a Alba.

—¿Qué sucede? No te habrá sorprendido, ¿verdad? Tú siempre me has dicho que...

—No, cariño. Pero... Lo siento, lo siento mucho. No hay tiempo para hablar de estas cosas. Debemos volver a Monreal.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Tu padre me ha mandado un telegrama. Me pide que volvamos de inmediato. Ha pasado algo grave y no puede venir a buscarnos. El viaje de

regreso llevará varios días y no quiero demorarme. Lo siento, querida mía. Tenemos que volver. Ya habrá tiempo de hablar, ya me lo contarás todo después.

—Pero ¿qué ha pasado, madre? —pregunta Alba, inquieta—. ¿Está bien padre?

—No lo sé, hija. No lo sé.

Alba se deja caer en el sofá porque le fallan las piernas. No sabe qué decir, no se le ocurre cómo cambiar este presente tan distinto al que apenas unas horas antes ha imaginado. Las lágrimas acuden a sus ojos y se apresura a darse la vuelta, a mirar por la ventana hacia el bulevar, cualquier cosa menos exhibir la decepción, la inmensa tristeza que le muerde el corazón. Como una autómatas, se acerca al escritorio y escribe una nota. Una frase escueta, porque no puede pensar, no tiene tiempo para nada más que no sea la verdad, dura y cruel. «Tengo que irme. Lo siento. Adiós.» Se pasa toda la noche llorando en silencio, abrazada a su hermana Luisa. Al día siguiente, vuelven a cargar las maletas en el tren de la estación de Austerlitz. Mira por la ventanilla hasta que París se difumina en el horizonte y se convierte en un sueño jamás realizado.

26

La caída



—¿Don Eduardo! Usted por aquí. ¿No tenía usted hoy cena con el barón?

Fernando Ruiz se levanta. Su escritorio está inundado de papeles y documentos, un tintero, cuadernos de cuentas, y un pisapapeles en forma de vagón de tren. Se pasa el pañuelo por la frente. Está sudoroso y lleva una camisa sucia. Eduardo se instala en el sillón frente a la mesa y deja su bastón a un lado.

—¿Un café, quizá?

—No quiero nada, Fernando —dice Eduardo, tajante. Un mechón de pelo blanco ha brotado en su melena oscura. Frunce el ceño. Está furioso y no pierde un instante—. Mi abogado en Barcelona me ha convocado hoy a su despacho y me ha comunicado un rumor escandaloso y muy grave: que la Compañía fundada por usted, y en la que he invertido tanto dinero, está al borde de la quiebra.

—¿Cómo? ¿Qué dice? —Fernando se finge escandalizado. Sus aspavientos no engañan a Eduardo, sino que lo preocupan aún más. Es un espectáculo, no hay nada sincero en su sorpresa. Lo único cierto es el sudor que sigue cubriendo su frente.

—Lo que oye, y mi principal pregunta es por qué no me lo anunció usted mismo. ¿Tengo que enterarme por terceros de algo tan grave? Llevo meses, ¡meses!, paseando por la ciudad con los clientes de usted, hablando de Aragón y de los beneficios del ferrocarril, construyendo castillos en el aire, ¡haciendo las veces de su agente!

—Pero esto es una calumnia, don Eduardo, ¡yo se lo aseguro!

Se levanta y pasea por el despacho, que a diferencia de la primera vez que

Eduardo lo visitara, ahora parece angosto, como una celda de madera y cortinas que asfixian la respiración. Habría que abrir las ventanas de par en par, piensa, dejar que el aire fresco se llevara este olor a mendacidad.

—Muéstreme los balances —exige.

Fernando se pasa el pañuelo por la frente y se deja caer en su sillón.

En el bolso, Mercedes aún lleva el telegrama que ha recibido en París, escueto y firmado por su marido. Al entrar en La Solariega, se detiene como si hubiera recibido un mazazo. Las luces están apagadas, en la chimenea no arde ningún fuego. Hace frío y las sombras de las esculturas la observan, malévolas. Se adentra en el salón y allí ve el perfil de Eduardo, sentado en un sillón y mirando al vacío. Mercedes se arrodilla a su lado.

—Eduardo, por Dios, ¿qué ha pasado?

Su marido esconde su rostro entre las manos, desesperado.

—Lo hemos perdido todo, ¡todo!

Un terror frío sube por la garganta de Mercedes.

—¿Qué dices? ¿Qué ha pasado?

—Ese maldito Fernando es un estafador, ¡un mentiroso! Está detenido, en Barcelona. Le acusan de quedarse todo el dinero de la Compañía — tartamudea Eduardo.

Más que la gravedad de sus palabras, lo que atenaza el corazón de Mercedes es ver a su marido hundido, con la mirada perdida. Lentamente, se lleva la mano al cuello. Aire, necesita aire fresco. En un juego absurdo de su imaginación, ve ante ella las montañas de Austria, y siente la pureza del aire que entonces respiraban sus pulmones. Se acerca a la ventana y la abre de par en par, pero la sierra aún es prisionera del verano y no corre una brizna de aire. En el salón, su esposo sigue con la cabeza hundida entre las manos.

Mercedes se acerca a él y le acaricia la mejilla. De repente, su garganta se cierra como si alguien la estuviera apretando con firmeza. No puede respirar. La mano que tocaba a Eduardo cae inerte y el cuerpo de Mercedes se desliza hasta el suelo, hecho un ovillo.

Aterrado, Eduardo se arrodilla y la abraza.

—¡Mercedes, querida! ¡Mercedes! —grita, desesperado—. ¡Ah de la casa! ¡Francisca! ¡Hijas!

El aire está inmóvil y pesa como una losa sobre todos los habitantes de La Solariega. Después de tres días, Mercedes se ha ido, dejándoles a todos desamparados ante un futuro que hoy ha amanecido profundamente oscuro. «Su corazón no pudo más —dijo el médico—. No se culpe, don Eduardo. La salud de Mercedes siempre fue delicada...»

Pero el padre no puede evitar pensar que él la ha matado. Que por su culpa sus hijas crecerán huérfanas. Sus gritos de dolor resuenan por toda la casa.

Horas más tarde, Francisca y los criados sacan el cuerpo sin vida de Mercedes, para que se la lleve el enterrador. Alba y Luisa, vestidas de negro, les acompañan.

27

El funeral



En lo alto de la colina del cementerio, el padre Bernardo termina de officiar el funeral. Han venido los hijos del primer matrimonio de Eduardo para reconfortar a su padre, que ha envejecido una vida de golpe. La pena surca su cara como piedra labrada, y su paso es lento y trabajoso. Dejan atrás la lápida. Le siguen sus hijas, enlutadas, y el resto de los principales de Monreal. También la familia catalana de Mercedes ha venido a despedirse de ella.

Aquí yacen los restos mortales
de Mercedes de Cararach y Casanovas.
Falleció el 4 de junio de 1878.
Su desconsolado esposo y sus hijas
le dedican este recuerdo.

Alba está en el estudio, sentada en su escritorio. Una única vela ilumina la noche. Lleva semanas volcada en su herbario. Trabaja frenéticamente. No puede hacer otra cosa. Coge la pluma para anotar en el diario de hoy el paseo que ha dado por el valle. Las flores que ha visto, las hojas que se han cruzado con sus pasos. Le tiemblan los dedos, y se irrita porque su cuerpo sigue llorando lo que ella no quiere nombrar. El vacío, la ausencia antinatural, el silencio de la casa sin la voz de Mercedes cae sobre ella como una losa. Escribe, pelea contra la pena, la terrible pena que amenaza con dejarla sin respiración, que apaga todos los sonidos y hace que el aire sea irrespirable. De vez en cuando se lleva la mano al cuello, palpa el latido de la sangre, porque solo así se asegura de estar viva, tantas son sus ganas de no estarlo. Lucha contra ello. La pluma rasga el papel con un quejido, y durante horas solo se oye ese ruido y el de las ramas de los árboles azotando las ventanas.

El cuaderno se llena de nombres y clasificaciones, de palabras que son latigazos contra la realidad. Mercedes ya no está. No volverá. Su voz será un recuerdo. Nunca más risas, el hueco en el corazón allí para siempre. Cuando termina sus anotaciones, las lágrimas se han mezclado con la tinta y las palabras. En un arrebató de furia, arroja el cuaderno al suelo, las páginas agitadas como un pájaro que no alcanza a elevar su vuelo.

Cierra los ojos y evoca una tarde de verano, con las ventanas abiertas. La brisa del campo entraba cargada de perfumes. Alba estaba instalada en su estudio, concentrada en la tarea de separar los especímenes que había acumulado de las finísimas telas con las que los había envuelto. Tomaba los extremos de la tela con unas pinzas y los apartaba con sumo cuidado. Era importante hacerlo lo más pronto posible después de haberlas seleccionado, para dejar respirar la flor y evitar que los pétalos y las partes carnosas de la planta se pegaran en exceso a la tela.

Mercedes entró en el estudio, como solía hacerlo, llevando consigo un libro para leer en silencio y acompañar a su hija.

—¿Qué estás haciendo, querida? —preguntó, acomodándose en uno de los dos sillones del estudio.

Alba sonrío y dice:

—Separando las flores para colocarlas en las vitrinas y que se vayan secando encima de las hojas de papel. Luego las podré guardar entre las hojas del herbario que estoy preparando.

—El padre Bernardo está muy orgulloso de vosotras —dice Mercedes, sonriendo—. Dice que habéis adelantado incluso a algunos de los estudiantes a los que va a dar clase a Zaragoza. —Tras una pausa, añade—: Creo que tú y tu hermana habéis demostrado que os merecís una educación formal en la ciudad. En la capital, incluso.

—¿De verdad, madre? —dice Alba, levantando la cabeza, animada—. Eso

sería maravilloso.

—Pronto hablaré de eso con tu padre, hija.

Hay un largo silencio durante el cual Mercedes lee y Alba sigue separando afanosamente las flores de la tela de algodón.

Huyendo del calor exterior, las abejas zumban libres por el estudio, y algunas hasta empiezan a posarse, insolentes, encima de sus especímenes.

Alba se las ve y se las desea para apartarlas, acalorándose. Su madre se echa a reír.

—Alba, ¿cómo quieres echar a las abejas? No pueden evitarlo, las flores que tienes en tu colección aún las atraen, y seguirán entrando por mucho que te obstines.

Ella frunce el ceño y dice:

—Pero madre, ¡si son flores secas! Ya no les sirven, ¿por qué se obstinan en zumbar a su alrededor? ¿No se dan cuenta de que son flores muertas?

Su madre le acaricia el pelo y sonrío, indulgente.

—Las abejas están hechas para eso. No pueden evitarlo. Vuelan siempre hacia las flores. Aunque ya no estén llenas de polen lo hacen porque las recuerdan.

—Siempre te recordaré, madre —repite Alba, abrazándose y dejando que las lágrimas fluyan, libremente. Se da permiso para sentir. Cuando emerge del estudio, lo hace con la imagen de Mercedes y el cariño de su madre inundando su corazón. Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, Alba duerme plácidamente.

28

Una proposición



—Buenos días, Alba.

—Hola, Ángel.

Como cada tarde desde hace meses, Francisca se retira y los deja solos. Se quedan callados en el salón de la casa de Santa Ana del Campo, donde tantas horas había pasado Alba de pequeña, ensimismada en sus flores, mirando el cielo y luego soñando. Tras la muerte de Mercedes las paredes se han ido desnudando: primero unos pocos cuadros, aquí y allá, luego las esculturas que su madre había ido coleccionando, y hasta dos muebles han vendido, la semana pasada, por consejo del abogado que se ocupa de las cuentas de la familia. Su padre Eduardo vive encerrado en su despacho de la planta de arriba y solo lo abandona por las noches. ¿Es para no ver a sus hijas? ¿O porque no soporta percibir la miseria que se cierne sobre todos ellos? Alba no lo sabe. Cada noche oye sus pasos por el pasillo, acercándose a la habitación de matrimonio que había compartido con Mercedes. Cuando llega frente a la puerta hay un espantoso silencio, puntuado solo por sollozos, casi inaudibles, pero que en la casa vacía y callada resuenan por cada rincón, y más aún en el pecho de sus hijas. Al cabo de un rato regresa al despacho. Allí se ha hecho instalar un camastro, donde dormita entre horas. Francisca le sube café y pan cada mañana. No come nada más ni habla con nadie.

—Disculpa, ¿qué has dicho? —dice Alba.

—Preguntaba cómo estabas.

—Bien, estamos bien —responde ella automáticamente.

—He oído que tu padre está peor.

—Sigue enfermo de tristeza —responde Alba.

—Aún es pronto...

Un puño aprieta el corazón de Alba. No lo ha dicho, no hace falta. Aún es pronto, aún es muy reciente la muerte de su madre. La muerte de su madre. Pero si han pasado meses ya. ¿Cuándo dejará de serlo? Un chorro de furia que no sabe contra quién dirigir asciende por su garganta. En lugar de eso, dice:

—¿Quieres un té? ¿O un vino?

Sin esperar su respuesta, se levanta para avisar a Francisca.

Ángel vacila unos instantes antes de decir:

—Quizá debería irme.

—No, espera —dice Alba, y se sorprende.

Mira al joven, como si acabara de darse cuenta de su presencia. De su voz tranquila, que la ha acompañado durante las largas horas de las tardes de duelo, y de las conversaciones sobre su colección de flores, sobre la cosecha de los campos que rodean La Solariega, sobre la lluvia y sobre el sol: sobre todas las cosas que no eran tristes y que no le recordaban que era huérfana de madre.

—No quiero causarte sinsabores. Mejor paso mañana —dice Ángel, haciendo ademán de recoger su sombrero.

La joven se dirige hacia la ventana. Cierra los ojos. El tiempo ya no cuenta en la casa de La Solariega. Los ha dejado a un lado, pasa de largo o no acaba de llegar. El tiempo es para la gente que está viva, y todos allí murieron un poco con Mercedes. En esa ventana, Alba solía pasar horas acodada en el alféizar, observando los pájaros y las flores y los arbustos y la vida que palpitaba. Cuando todo era un juego. Ahora mira hacia el rectángulo de luz azul y brillante, desesperada, en busca de un lugar donde refugiarse, donde hibernar y que la realidad no la encuentre. Parpadea, y no responde. Quizá si calla, todo pasará de largo, como el tiempo.

—No, Ángel. Lo siento —dice, pasándose la mano por la frente—. Tus

visitas me hacen bien, ya lo sabes.

Se sorprende al decirlo, pero es la verdad.

El joven viene, puntual, cada día por la tarde. Intercambia unas palabras con las dos hermanas, se toma una tisana, un té, trae un pedazo de tarta o unas galletas, una botella de vino, pequeños obsequios con los que pedir perdón, como si las ofrendas otorgaran la absolución. Y poco a poco, Ángel se ha convertido voluntariamente en una estatua más de La Solariega, en una presencia permanente en la vida de las hermanas. Nadie ha tenido fuerzas para expulsarlo. La extrañeza primero, y la costumbre y el afecto después, le han franqueado las puertas de la casa de la joven, y Alba es la primera que se ha habituado a su presencia silenciosa. Ángel la reconforta, aun si no se ha dado cuenta hasta ahora. Si su padre todavía fuera el patriarca de antaño, quizá él no se hubiera atrevido a visitarles ese primer día, después del funeral, o eso piensa Alba. Pero Eduardo solo deambula por la casa cuando nadie más respira en el salón, como si buscara aún a su mujer. Nunca se ha cruzado con Ángel, hace como si no supiera quién es. Tal vez lo evita.

Ángel se ha detenido a medio levantarse y se mira las manos como si buscara en ellas el valor para seguir hablando. A semeja a una estatua clásica, una traslación moderna del hombre dubitativo.

Por fin, dice:

—Mi hermano Fernando se ha marchado a Cuba. Para hacer frente a todas las deudas se le ocurrió ir a hacer fortuna allí. Es mal momento, pero no le quedaba más remedio. Era eso o...

Con la mención de Fernando, los ojos de Alba se han velado, como si un viento helado acabara de cegarla. Era eso, Cuba o la muerte, un tiro honorable, un cortarse las venas quizá, una muerte que nada hubiera reparado. Se sorprende porque desearía que Fernando hubiera muerto. La sed de venganza, y desde fuera de su propio cuerpo analiza la violencia de su deseo

con curiosidad que se quiere aséptica. Una muerte por otra, ojo por ojo, diente por diente. El dolor o el corsé le oprimen el pecho. Se levanta y del aparador Alba trae una bandeja con agua y una pequeña jarra de cristal llena de vino. Diluye el vino en una copa y le tiende una a Ángel.

—Disculpa, ya sabes que no puedo ofrecerte nada mejor.

—No me pidas perdón, Alba, te lo ruego.

Ángel mira la copa de vino aguado, los zapatos de Alba, la alfombra gastada que ya deberían haber sustituido, el salón que va perdiendo sus glorias. La muchacha solo tiene su orgullo. Todo a su alrededor anuncia penurias. Aún no son pobres, en el campo es difícil venir a menos rápidamente, es la ciudad la que eclipsa las fortunas de la noche a la mañana. En el campo siempre está el molino, las gallinas, una vaca, algún cerdo y su piara, maneras de comer carne o pan, aunque falte el dinero. Pero llegará. Empieza así, sigiloso, por el suelo desgastado y asciende por los zapatos de suelas ya demasiado finas, las medias con agujeros que se cosen nerviosamente una y otra vez, y que se abren con impertinencia, sube la pobreza por las camisas que fueron de seda y ahora irritan la piel con algodón basto o lino. Alba se lleva la mano a la garganta, allí donde solía lucir el collar que le regaló su madre y ella entregó una noche de verano, en la otra vida en la que soñaba con estudiar botánica y convertirse en científica.

—Yo sí puedo —añade Ángel de repente.

Alba lo mira, sin entender. Se dibuja una sonrisa en sus labios. Presiente que todo está a punto de cambiar, otra vez.

—¿Cómo dices?

—Yo sí puedo ofrecerte algo mejor.

—Ángel... ¿qué estás diciendo?

Pero lo sabe, sabe las palabras que están a punto de flotar en el salón de su familia, de dar un vuelco a su vida una vez más, sin que ella pueda evitarlo. Y

no sabe si quiere escucharlas, si quiere una nueva oportunidad, permitirse una ilusión. No tiene el valor de volver a creer. Se retuerce las manos hasta que los nudillos quedan blancos.

—Alba, mi hermano ha dejado mucha pena y daño tras de sí —dice Ángel, cabizbajo y de un tirón—. Yo no puedo resarcir a todos los que han salido perjudicados con sus charlatanerías y sus mentiras, pero sí tratar de reparar algunas cosas. Y ayudar a las personas más cercanas a mi corazón —dice, y su mirada se posa en Alba, como una caricia.

Ángel observa el rostro pétreo de la joven, el cuello negro de su traje de luto. Sus ojos, que no le miran, que siguen clavados en el suelo.

—Me han concedido una plaza de juez en Mérida. Dentro de tres meses viajaré allí y me instalaré. Quizá no vuelva a Teruel, y he venido a pedir tu mano en matrimonio. Por supuesto que hablaré con tu padre, pero antes quería hacerlo contigo. Quiero tu permiso. Quiero tu sí. Te quiero a ti.

Alba se levanta, se acerca a la ventana. Su figura esbelta vestida aún de negro riguroso, bañada contra el azul del cielo, recuerda un árbol, atado a la tierra y sin posibilidad de escapar.

Ángel insiste:

—Alba, sé que has perdido más que una madre, sé que tu vida ya no ha sido la misma después de que Mercedes faltara. No sé si he hecho bien, pero no pude evitar venir a verte, para pasar más tiempo a tu lado, y darte todo el consuelo que ha estado en mi mano. Me sentía responsable de lo que hizo mi hermano.

—Tú no tienes la culpa de eso —replica ella. Lo dice porque lo siente. Está luchando contra la emoción que las palabras de Ángel despiertan en ella. No quiere ceder a la ilusión de nuevo, pero es como si una semilla estuviera abriéndose paso, implacable en sus raíces, suave y aleteando como las alas de una mariposa.

—Te agradezco que digas eso —musita Ángel—. Yo te prometo que a mi lado podrás llevar una vida plácida, segura y tranquila. Podrás dedicarte a hacer lo que te venga en gana. Recuerdo aquella noche, hace años, cuando te vi por primera vez, recuerdo que resplandecías al hablar de tus flores y de los jardines botánicos, de lugares con los que yo ni siquiera he soñado. Mi hermano Fernando ya había puesto los ojos en ti, y cuando me dijo que iba a pedir tu mano, no me atreví a decirte nada, pero esa noche me deslumbraste, Alba. No he podido dejar de pensar en ti desde entonces. Y quiero volver a verte feliz como aquella velada —termina.

La joven baja la cabeza y tarda un rato Ángel en darse cuenta de que está sollozando en silencio.

—Todos los días que has venido a mi casa... —balbucea.

—Era para estar a tu lado. Era para pedirte perdón —dice Ángel, ferviente.

Tras un largo silencio, la joven pregunta, sin darse la vuelta:

—¿Podré dedicarme a la botánica?

—Sí.

Alba se da la vuelta. Sonríe, a pesar de las lágrimas.

—Te lo agradezco, Ángel. De corazón. No es necesario que hables con mi padre, al menos no para pedirle permiso. Acepto casarme contigo. Dime en qué fecha debemos partir a Mérida, y me iré contigo.

Ángel se pone en pie, incrédulo. Se acerca a Alba, y lentamente estira el brazo, su mano se posa sobre la parte anterior del brazo de ella. Es una caricia torpe, sincera. Quiere besarla, pero es como si no se atreviera a quebrar el hechizo, la magia de que la mujer con la que ha soñado durante tanto tiempo lo haya aceptado.

—Alba...

En silencio, Alba le ofrece sus labios y Ángel la besa con recato.

—Volveré mañana —dice él.

Cuando Ángel se va, Alba sigue de pie mirando por la ventana. Se da cuenta de que no está sola cuando Luisa pregunta:

—¿Estás segura, hermana?

No le pregunta cuánto ha oído. Quizá solo su respuesta, o tal vez estaba escondida en un rincón, como cuando eran niñas, y ha presenciado toda la escena. Alba asiente:

—Es lo mejor para todos. Y Ángel es un buen hombre.

—¿Le quieres?

—Creo que después de todo lo que ha pasado, tengo derecho a forjar una nueva vida para mí. Para nosotras, porque yo no dejaré que te quedes desamparada. Y si Ángel cumple con su palabra, podré volver a dedicarme a la botánica. Y eso... Es la vida que vuelve a nacer, hermana. No es lo que soñamos, ni tampoco una ilusión. Pero es la esperanza de un futuro nuevo.

Es, más que una afirmación, un anhelo.

Luisa se acerca a su hermana y la abraza, sin decir palabra. Por unos instantes, las dos hermanas contemplan el horizonte de la sierra de Albarracín como antaño, cuando el futuro era solo una promesa.

Esa noche, Alba entra en el estudio. El olor a flores conservadas y a mariposas secas carga el aire de cansancio y de dolor. Abre los ventanales y deja que el aire de la noche se lleve la tristeza. Avanza unos pasos y toma una llave de uno de los cajones de su escritorio. Los últimos papeles en los que había perfilado una flor del valle siguen allí, igual que los dejó. En el jardín, el viento viene a acompañarla.

Se dirige a la estantería y saca una caja de madera. Abre la cerradura y de la caja extrae, una tras otra, las cartas de Heinrich. Las deposita encima del escritorio en el que una vez soñó con ser una científica. Desde que volvió de

París no ha abierto ninguna, encerradas las palabras dentro de los sobres, el sello de color vino sin romper. Su nombre, Alba Ruiz de Peñafiel, escrito con la letra deliberada de la mano que una vez acarició su cuerpo y la convenció de que todas las puertas se abrirían ante ella. El nombre del pueblo, la dirección de La Solariega, todo parece pertenecer a un pasado lejano. Pero para empezar su nueva vida, es menester dejar atrás los sueños de la anterior.

A la muerte de su madre, cuando su mundo se vino abajo, Alba solo pudo dejar de llorar cuando cambió el dolor por odio. Odio hacia la felicidad que había sentido al lado de Heinrich. Odio hacia sus sueños, hacia la promesa de una vida entre las flores, dedicada a la botánica, a un futuro como científica. Odio hacia la mentira que había sido su vida hasta el momento en que la verdad la destrozó. La muerte de Mercedes vació su corazón. Pero incluso en los días de desesperación más honda, sabía que llegaría el día en que la soledad quedaría atrás, en que su vida volvería a brotar de entre las piedras, con la fuerza de una flor nueva. Ahora, ese momento ha llegado.

Poco a poco, con el paso de los meses, la herida se fue cerrando sin que ella se diera cuenta. Un día se olvidó de pensar en la ausencia de Mercedes: al darse cuenta, se avergonzó. Otro, se sorprendió al esperar la llegada de Ángel con el ceño fruncido, mirando el viejo reloj del salón porque se retrasaba más de lo habitual. Y por fin, hoy su corazón ha revivido. Vuelve a latir, vuelve a soñar con el futuro.

Las misivas que ahora Alba abre meticulosamente son parte del pasado, y teme que al leerlas alguna palabra suelta se escape de la prisión de papel y la arrastre de nuevo hacia la tristeza. Y, sin embargo, debe hacerlo, igual que las abejas que no pueden evitar posarse en las flores muertas porque recuerdan y han nacido para eso. Es la fuerza de la naturaleza. Alba se arrodilla, rodeada de cartas, y empieza a leer. Sueños, promesas, deseos, anhelos. Durante esa noche Heinrich Willkomm regresa para acompañarla. Cuando el amanecer

asoma por los ventanales, la encuentra serena. Es una mujer que ha aprendido a mirar el dolor y extraer fuerzas de él.

Su nueva vida nacerá de las cenizas de los sueños de la primavera.

29

El medallón



15 de octubre de 1888

Alba deja su ramo de novia encima de la mesa. Acaricia la letra del papel doblado, su nombre escrito por la mano del que fuera su amante. Hoy es el día en que va a casarse con Ángel Ruiz, y su vida va a empezar de nuevo. Tiene miedo de leer la última misiva, de abrir justo hoy la puerta al recuerdo de Heinrich Willkomm. Pero es como si su pasado se negara a permanecer encerrado tras la puerta y se rebelara contra su voluntad.

Sostiene aún el medallón en la mano. Cierra los ojos.

Alguien llama a la puerta. No responde. No quiere saber nada del exterior, desearía permanecer para siempre inmóvil en este momento, con el medallón en la mano, el papel que ansía leer y que, al mismo tiempo, querría hacer desaparecer, y su ramo de flores blancas, el último recuerdo que se ha permitido del verano en que se enamoró.

La puerta se abre. Es Luisa.

Alba levanta la mirada. A Luisa le basta ver el rostro desencajado de su hermana, la carta y el medallón en sus manos. El ramo de flores blancas, abandonado en la mesa.

—¿Es de él?

—Hoy es el día de mi boda —dice Alba al vacío—. Y hoy, precisamente hoy... —Deja caer la carta al suelo—. No puedo, Luisa. No sé si podré llevar la vida que le juré a Ángel si leo esta carta.

Su hermana niega con la cabeza.

—Al contrario. No puedes jurar lealtad sin saber lo que dice esa carta, sin

saber que tu pasado está en esa carta y el futuro te espera abajo.

Alba se abraza las rodillas. El vestido de novia se arruga, la joven hecha un ovillo en la silla sigue sin moverse.

—No.

—Si tú no piensas leerla, lo haré yo —dice Luisa, decidida—. La única manera de seguir adelante con tu vida es hacer las paces con el pasado: abrir la puerta y mirarlo de frente. Esa carta es la llave de tu felicidad futura, Alba.

Alba asiente imperceptiblemente. Sabe que tiene razón.

Su hermana recoge la carta. La voz clara de Luisa resuena por la habitación cuando empieza a leer la última carta de Heinrich Willkomm.

Es un torrente de amor sin esperanza que cae violentamente sobre Alba. «Al principio de no verte, solo podía pensar en todos los momentos que no tendremos juntos. Ahora, solo doy gracias por lo que pasó.» No la olvida, dice. «Respiro tu recuerdo...» Le desea toda la felicidad para su nueva vida. «El padre Bernardo me tiene al tanto de todo. Me alegro por ti, Alba.» Y termina con una súplica: «Te escribo como Abelardo le escribía a Eloísa. ¿Te acuerdas? Escríbeme, Alba, ya solo queda hacer de la distancia y del silencio un nuevo lenguaje con el que seguir hablándonos.»

Hay un largo silencio, y ninguna de las dos se atreve a romperlo.

Por fin, dice Alba, limpiándose las lágrimas:

—Nuestra vida no será la misma que habíamos soñado, pero eso no quiere decir que debemos enterrar nuestros sueños, hermana.

Luisa la abraza.

Alba se sienta frente al escritorio.

Se oye un rumor de pies al otro lado de la puerta.

—¿Está usted bien, señorita? —dice una voz al otro lado.

—Sí. Ahora bajo —dice.

Estira la mano y abre el cajón. Saca una hoja de papel y pluma.
Empieza a escribir.

Querido Heinrich:

Hoy es el día de mi boda, pero no voy a renunciar a lo que más he amado: la botánica y tú. Con la misma certeza con la que sé que no volveremos a vernos, sé que tu recuerdo estará siempre conmigo. Háblame de los jardines de Viena, de Praga y de sus nubes. Cuéntame de tus investigaciones y vivamos juntos la belleza de las flores...

Epílogo

El aire en Mérida es dulce, distinto del clima seco de Teruel. Alba paladea el agua fresca del jarro que la criada ha traído para atenuar el calor incipiente del verano. Deja su bolsa de viaje encima de la cama en la gran habitación y mira a su alrededor. La estancia está pintada en colores claros y alegres. Las cortinas tienen dibujos de flores, y las acaricia con afecto.

Las ventanas dan a un campo enorme que se extiende hasta el horizonte, con bosques que salpican la tierra como un capricho de los dioses. En el trayecto hacia aquí, ha visto narcisos, adelfas, albahaca, brezos y otra docena de especies que aún no sabe nombrar y que han hecho palpar su corazón de botánica. Arde en deseos de lanzarse a pasear por los valles.

Empuja una de las dos puertas que conectan con la habitación y entra en la sala de baño, con las instalaciones más modernas, tal y como le prometió Ángel: agua caliente y una inmensa bañera de cobre en la que una de las doncellas está preparando su baño.

—No tardaré nada, señora —dice la muchacha.

Alba sonríe y sacude la cabeza.

—No te preocupes, iré deshaciendo el equipaje.

Vuelve al dormitorio y abre con cuidado uno de los baúles. Antes incluso de colgar sus vestidos en el gran armario de madera labrada, extrae sus herbarios y sus libros de botánica. Se dirige a la otra puerta, cargando dos de los libros, y asoma la cabeza. Sin poder evitarlo, suelta una exclamación. Los pesados volúmenes de botánica caen al suelo.

—¿Te gusta? —dice Ángel, que acaba de entrar en la estancia y posa sus

manos en los hombros de Alba.

La joven se vuelve hacia él con los ojos iluminados.

—¡Es mi estudio de La Solariega! Los muebles, las vitrinas, la silla, el escritorio... ¡Es como si no lo hubiera dejado en Teruel!

Ángel asiente.

—Pensé que te gustaría. Empiezas una nueva vida, pero no tienes por qué olvidar lo que te hace feliz. Te lo prometí, ¿recuerdas?

Alba lo mira, incrédula. Siente ganas de reír como si un enjambre de abejas recorriera su piel, cosquilleándola. Es absurdo ser tan feliz, tan inmensamente feliz. La cabeza le da vueltas, la alegría inesperada y el dolor de su pasado fundidos por fin en un presente perfecto.

—Sí, es verdad. Me lo prometiste.

—Ahora tengo que irme, pero regreso en una hora y cenamos, ¿te parece?

—Me parece bien —dice Alba, sonriente.

Cuando su marido se va, recoge los dos libros caídos del suelo y los deposita en la estantería de madera. Poco a poco, trae con sumo cuidado todas las cajitas de cristal con las flores que ha preservado y llena la vitrina. Los herbarios encuentran su lugar encima del escritorio, y coloca los cuadernos en su parte izquierda. En el cajón deposita las cartas de Heinrich Willkomm y su medallón. Porque los recuerdos también tienen su lugar, pero ya no son dueños de su presente. Está lista para echar raíces tan fuertes que quiebren las piedras, como la *Saxifraga alba*. Está dispuesta a labrarse una vida llena de belleza nueva y vibrante.

—Voy a escoger mi camino en la vida y lo cubriré de flores.

Nota de la autora

Mis sueños eran míos, y ninguna explicación le debía a nadie: eran mi refugio en la tristeza, y mi mayor placer cuando era libre.

MARY WOLLSTONECRAFT SHELLEY

Como sabrán los lectores de mis anteriores novelas, suelo mezclar los personajes históricos y sus circunstancias reales con historias inventadas, que podrían ser verdad o no. Me acojo siempre al privilegio que una vez enunció el sabio historiador Jacques Le Goff: «La historia tolera múltiples verdades.» En esta novela, he querido ficcionalizar un enamoramiento doble: el de una muchacha del siglo XIX por la ciencia botánica, que se inspira en hechos reales y en la persona de Blanca Catalán de Ocón, botánica que vivió en Teruel en el siglo XIX, y el romance entre mi protagonista y un científico alemán, que son hechos completamente ficticios y que solo atienden al privilegio de un escritor: transformar la realidad en sueños y hacer soñar al lector con ellos.

Cuando un escritor se sumerge en el pasado, por mucha documentación que maneje, no puede evitar sentir emoción ante los personajes que van desfilando enfrente de sus ojos, sean ficticios o reales. En el caso de esta novela, y, sin duda, también movida por los hechos que han sacudido la actualidad en España en los últimos tiempos, me ha sucedido con las figuras de las grandes mujeres que eran completas desconocidas para mí, a pesar de sus importantísimas contribuciones al avance de la ciencia. Algunas aparecen citadas al inicio del libro, pero sus nombres llenarían páginas y páginas de los

libros no escritos de la historia de la ciencia: si todos sabemos quiénes fueron Descartes, Rousseau o Newton, ¿por qué no conocemos a Mary Anning, paleontóloga y descubridora de importantes fósiles en el siglo XVIII? ¿O a la naturalista Maria Sibylla Merian, cuyos exquisitos dibujos de la flora y la fauna en Surinam siguen cautivándonos, y que contrajo la malaria y siguió trabajando a pesar de ello? ¿O a Émilie de Châtelet, física, matemática y filósofa que tradujo al francés a Isaac Newton en el siglo XVIII, quien dijo la maravillosa frase con la que termina la novela? ¿O en nuestro país, a la médica y genetista Jimena Fernández de la Vega, una de las primeras mujeres en estudiar en una universidad gallega? Y por supuesto, la figura de Blanca Catalán de Ocón, que tuvo el gran mérito de convertirse en botánica sin más ayuda que su afán, el apoyo de su madre y un entorno que comprendió y alentó sus inclinaciones científicas.

De hecho, si imaginamos una línea que uniera a una de las primeras filósofas como Hipatia de Alejandría; a Trótula di Ruggero, profesora en la escuela de medicina de Salerno; a Margaret Cavendish, aristócrata y científica del siglo XVII que jamás fue admitida en la Royal Society; la astrónoma alemana Maria Winkelmann, la matemática Maria Gaetana Agnesi o la inglesa Ada Lovelace, por mencionar solo un puñado, probablemente lograríamos trazar un hilo invisible que contaría una historia de la ciencia tal vez no distinta, pero sí más rica, porque contendría la aportación de todas las mujeres que, por mor de su sexo, han permanecido ocultas en las crónicas del descubrimiento científico. Entiéndase bien lo que digo: no soy partidaria de la reescritura de la historia. Simplemente, para comprender el pasado es necesario y deseable conocerlo desde todos los ángulos posibles. Y me parece dudosa la historia que solo se cuenta con una voz. Tal vez sea una tarea titánica, pero las mujeres estamos hechas al trabajo.

Agradecimientos

Este libro no existiría de no ser por Lucía Luengo y su energía y ánimo constante. También Patricia Escalona ha sufrido mis vaivenes y febriles avances con impecable paciencia. También he hablado de este libro con Justyna Rzewuska, que tiene la virtud de escuchar y con dos frases de sinceridad absoluta solucionar de un ramalazo mis dudas. Ha sido un reto magnífico, del que no habría podido salir airoso sin ellas, como espero que así lo juzgue el lector.

Siempre hay una línea en mis agradecimientos para Joan Eloi Roca, que llegado a un punto en la documentación del libro me dice que me deje de zarandajas y escriba, porque es la única manera de que un libro cobre vida. Espero no decepcionarlo.

Claudia Casanova despliega en su nueva novela la hermosa sencillez de una historia narrada con exquisita sensibilidad. Elegante y sutil, emocionará a los lectores con la fuerza y delicadeza de obras como *Seda o La joven de la perla*.



La auténtica belleza reside siempre en los detalles. En el brillo de una gota de rocío, en la mirada curiosa de una joven, o en los pétalos de una flor sin nombre.

Alba, curiosa e inteligente, pasa las horas recorriendo el valle con su colección de flores, que cataloga con minuciosidad. Su hermana la acompaña siempre, en busca, a su vez, de los ejemplares de insectos más bellos y sorprendentes.

Hasta el pequeño pueblo en el que su acomodada familia pasa los veranos llega un día Heinrich Wilkomm, un renombrado botánico centroeuropeo. La pasión por la ciencia que comparte con Alba pronto evolucionará hacia algo más prohibido, secreto e inolvidable que, como la flor que ambos nombran por primera vez, tendrá raíces tan profundas que será capaz de crecer entre las piedras.

Claudia Casanova (Barcelona, 1974) es licenciada en Económicas y en Traducción. Desde pequeña supo que quería ser escritora, porque no había nada mejor que crear mundos con tinta y papel. Viajó a Malasia con Emilio Salgari, recorrió las veinte mil leguas submarinas en el Nautilus y se atrevió a acompañar a Frodo hasta Mordor; también soñó que vivía en un apacible pueblecito inglés y que su apellido era Dashwood. Terminó dos novelas antes de licenciarse en Económicas, y empezó a trabajar en el sector editorial, primero como lectora de manuscritos y traductora, y más tarde como editora en diversos sellos editoriales. Ha publicado las novelas *La dama y el león*, *La tierra de Dios* y *La perla negra*. Es miembro de la American Historical Association y colabora regularmente con medios digitales, radios y revistas de divulgación histórica.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Claudia Casanova

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© 2019, Verónica Algaba por las ilustraciones de interior

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Verónica Algaba

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6531-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Historia de una flor

1. La novia
2. Teruel
3. Dos hermanas
4. El ferrocarril
5. Una iglesia
6. El padre Bernardo
7. La visita
8. Una lección de botánica
9. Dos hermanos
10. Praga
11. Valdecabriel
12. Un paseo
13. Una cabaña
14. Flores y mariposas
15. Un estudio
16. El extranjero

17. Una fiesta

18. El herbario

19. Sueños

20. Barcelona

21. Una excursión

22. Ojos de Cabriel

23. Una despedida

24. Cartas

25. París

26. La caída

27. El funeral

28. Una proposición

29. El medallón

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Claudia Casanova

Créditos